1

ZYRKQS
EDICIONES

OBJ

contes
de ma mere
loye

Cuentos de

MAMá GAnso

Charles Perrault

Editado por

juan zyrkero

©2025 Juan Zyrkero, de esta edición.
Zyrkqs Ediciones!!
Cuentos escritos por Charles Perrault.
Textos adaptados a español neutro con base en una traducción de Teodoro Baró, tomada de dominiopublico.org.es
La versión gratuita puede compartirse libremente y su ilustración de cubierta, fue creada en Sora, inspirada en un frontispicio de un manuscrito anónimo de 1695, dos años antes de su publicación original.
La versión ilustrada cuenta con la participación de los personajes de *El Defecto Antabus*, de Juan Zyrkero.
zyrkero.com
@zyrkero
Quito - Ecuador

Dedicado a mis estudiantes de Literatura, especialmente a

quienes eligieron reconciliarse con la lectura y encender en sus

propios alumnos la misma pasión que yo guardo por este arte

tan especial!!

Contenido

La bella durmiente (La Belle au bois dormant)
9
La Caperucita Roja (Le Petit Chaperon rouge)
20
Barba Azul (La Barbe bleue)
24
El gato con botas (Le Maître Chat ou le Chat botté)
32
Las hadas (Les Fées)
40
Cenicienta, o la zapatilla de cristal (Cendrillon ou la Petite Pantoufle de verre)
45
Riquet el del copete (Riquet à la houppe)
56
Pulgarcito (Le Petit Poucet)
66
Grisélida (La Marquise de Salusses ou La Patience de Griselidis)
80
Los deseos ridículos (Les Souhaits ridicules)
97
Piel de asno (Peau d'âne)
101

Presentación

Pierr Darmancour, a casi nada de terminar el siglo XVII, publicó por primera vez una recopilación de cuentos de hadas populares entre los adultos de las clases burguesas y aristocráticas. Claro que este era solo un seudónimo: su verdadero nombre era **Charles Perrault**, un escritor serio y laborioso de 69 años que, sin proponérselo, impulsó la literatura infantil y marcó un hito en los siglos venideros.

Era común en esa época que los autores recopilaran narrativas populares que circulaban oralmente entre las clases trabajadoras. Estas historias carecían de censura e incluso llegaban a ser bastante perturbadoras para el público infantil. Tenemos el caso de *La bella durmiente*, cuyo relato original, titulado *Sol, Luna y Talía*, incluye escenas más crudas y brutales que no voy a detallar —por lo que recomiendo leerlas por su cuenta, eso sí, con un criterio formado.

Es aquí donde el trabajo de Perrault no solo se encarga de recopilar y adaptar estas historias, sino también de suavizar su contenido, haciéndolas más accesibles y adecuadas para todo público. Aunque no del todo: algunos fragmentos siguen siendo poco apropiados para ciertas personas.

La versión de 1697 se bautizó con el nombre de *Cuentos de Mamá Ganso*, símbolo de la narradora campesina tradicional que disfrutaba contando estas historias a todo público, especialmente al infantil. La obra contenía los clásicos originales que ahora son piezas inmortales de la literatura infantil: La bella durmiente, Caperucita Roja, Barba Azul, El gato con botas, Las hadas, Cenicienta, Riquet el del

copete y Pulgarcito. Posteriormente, en 1781, vio la luz una edición completa que añadió tres piezas más a esta colección: Grisélida, Los deseos ridículos y Piel de asno.

La obra de Perrault logró trascender con ingenio y habilidad a su tiempo, estableciendo las bases de una literatura que incluiría a niños y niñas durante siglos. Su influencia sigue vigente hasta nuestros días. Muchas versiones se han escrito para todos los gustos —tantas, que ya casi pierden sentido en la cotidianidad de la vida. Por eso considero importante tener presente esta obra, que no son simples cuentitos infantiles, sino el registro de toda una generación que sobrevivió gracias a la mirada visionaria del autor y sus letras, capaces de plasmar la vida cotidiana encerrada en su tradición oral.

Mi intención al adaptar esta obra a un español neutro no ha sido modernizar su esencia, sino respetar su estructura, tono e imágenes literarias para acercarla a un público contemporáneo, con el fin de invitar a los nuevos lectores a redescubrir estos relatos sin sentirse abrumados por el lenguaje, que en partes resulta arcaico o distante.

Quiero finalizar comentando que existen dos versiones de esta edición: una gratuita pensada para compartir libremente estos cuentos con quien los necesite y otra de venta con ilustraciones originales protagonizadas por los personajes de mi cómic, *El Defecto Antabus*, para quienes deseen apoyar mi trabajo como autor independiente. Ambas versiones conservan el mismo texto adaptado, porque el acceso a la lectura debe ser un derecho, no un privilegio. Sin mas que añadir, empecemos con los cuentos.

Z!!

Capítulo 1

La bella durmiente

(La Belle au bois dormant)

Hace mucho tiempo, un rey y una reina sufrían porque no podían tener hijos. Buscaron todas las soluciones posibles: bebieron aguas milagrosas, hicieron promesas y peregrinaciones, pero nada funcionaba. Hasta que, finalmente, la reina quedó embarazada y dio a luz una hija. El bautizo fue tan espléndido que no se puede describir. Invitaron a todas las hadas que encontraron en el reino, siete en total, con la intención de que cada una otorgara un don a la niña, como era costumbre en ese tiempo. Gracias a esos regalos, la princesa recibió todas las virtudes imaginables. Después de la ceremonia, todos fueron al palacio, donde se había preparado un gran banquete. A cada hada se le asignó un lugar con un juego de cubiertos de oro: cuchara, tenedor y cuchillo, decorados con diamantes y rubíes. Justo cuando iban a sentarse a la mesa, apareció una anciana hada que no había sido invitada. Llevaba más de cincuenta años encerrada en una torre, y muchos pensaban que ya estaba muerta o bajo algún hechizo. El rey ordenó que le pusieran cubiertos, pero no había más juegos de oro, porque solo se habían mandado a hacer siete. La anciana se sintió despreciada y murmuró amenazas entre dientes. Una de las hadas jóvenes, que estaba cerca, la oyó y, temiendo que la vieja hiciera algún mal a la niña, se escondió

detrás de un tapiz para ser la última en hablar y así poder reparar, si era necesario, cualquier daño.

Las hadas comenzaron a dar sus dones a la princesa. La primera dijo que sería la más hermosa del mundo; la segunda, que tendría un corazón bondadoso; la tercera, que todo lo que hiciera estaría lleno de gracia; la cuarta le dio el don de bailar con elegancia; la quinta, el de cantar como los pájaros; y la sexta, el talento para tocar todos los instrumentos musicales con perfección.

Entonces llegó el turno de la anciana, que dijo con voz temblorosa, más por rabia que por vejez:

—La princesa se pinchará la mano con un huso[1] y morirá.

Todos quedaron horrorizados y muchos comenzaron a llorar. En ese momento, salió del tapiz la joven hada que había estado esperando y dijo en voz alta:

—Tranquilos, rey y reina. Su hija no morirá. No tengo poder suficiente para deshacer por completo lo que ha dicho mi compañera, pero puedo cambiarlo. La princesa se pinchará la mano con un huso, sí, pero en lugar de morir, caerá en un sueño profundo que durará cien años. Al final de ese tiempo, el hijo de un rey vendrá a despertarla.

Pasaron quince o dieciséis años, y un día en que el rey y la reina estaban de viaje en una de sus residencias, la joven princesa recorrió curiosa el castillo. Subiendo de habitación en habitación, llegó a lo alto de una torre donde encontró a

[1] *Varilla delgada, tradicionalmente de madera, que se usaba para hilar manualmente.*

una anciana que hilaba con una rueca[2]. La mujer no conocía la prohibición del rey sobre el uso de husos.

—¿Qué estás haciendo, buena señora? —preguntó la princesa.

—Estoy hilando, niña hermosa —respondió la anciana, sin saber quién era la visitante.

—¡Qué interesante! —dijo la princesa—. ¿Cómo funciona? Déjame ver, quiero intentar.

Como era vivaz y un poco impulsiva, y además su destino estaba ya marcado, apenas tomó el huso, se pinchó la mano y cayó al suelo, inconsciente.

La anciana, aterrada, pidió ayuda a gritos. Acudieron enseguida desde todos los rincones del castillo: le echaron agua en el rostro, le aflojaron la ropa, le frotaron las sienes con lociones, pero todo fue inútil.

Cuando el rey llegó y vio lo que ocurría, recordó la profecía de las hadas. Comprendiendo que no podía evitarse, ordenó que llevaran a la princesa a la habitación más hermosa del castillo. La acostaron en una cama adornada con oro y plata. Dormía profundamente, pero tenía el rostro sereno, las mejillas sonrosadas, los labios rojos como coral. Parecía un ángel dormido.

El rey mandó que nadie la molestara hasta que llegara el momento de su despertar.

La joven hada que había suavizado el destino de la princesa vivía en el Reino de Pamplinga, a doce mil leguas de distancia. Pero en cuanto supo del suceso, gracias a un

[2] *Herramienta grande que sostiene la masa de fibras mientras se hila.*

pequeño mensajero que viajaba siete leguas con cada paso, emprendió el camino de inmediato. Llegó en una hora en un carro de fuego tirado por dragones. El rey la recibió personalmente y ella aprobó lo hecho.
Previendo lo que ocurriría cuando la princesa despertara, decidió que no debía encontrarse sola. Tocó con su varita a todos los que vivían en el castillo: damas, sirvientes, cocineros, soldados, guardias, palafreneros, hasta los perros y la pequeña perrita Titi, que descansaba a los pies de la cama, y los hizo dormir también. Así, todos despertarían al mismo tiempo y podrían continuar con sus tareas como si nada hubiera pasado.
Incluso los asadores que giraban con faisanes y perdices se detuvieron, el fuego se apagó suavemente, y todo quedó en silencio.
El rey y la reina, conmovidos, besaron a su hija dormida y abandonaron el castillo. Se publicó un decreto que prohibía acercarse al lugar. La naturaleza pareció obedecer al hada: en pocos minutos, un espeso bosque de árboles, espinos y rosales creció alrededor del castillo, tan denso que ni un animal podía pasar. Solo sobresalían las torres, visibles a lo lejos.
Pasaron los cien años. El hijo del rey que gobernaba en ese entonces, de una familia distinta a la del castillo encantado, salió un día a cazar cerca del bosque y vio unas torres sobresaliendo entre la vegetación. Preguntó qué era ese lugar. Cada persona le contó algo distinto: unos decían que allí vivían fantasmas; otros, que era el escondite de brujas que se reunían los sábados. La versión más común era que un ogro habitaba en el castillo y se llevaba a los niños que encontraba para devorarlos, y que solo él podía atravesar esa maraña de árboles.

El príncipe no sabía a quién creer hasta que un anciano campesino le habló:

—Mi príncipe, hace más de cincuenta años escuché a mi padre contar que en ese castillo duerme la princesa más hermosa del mundo. Una profecía dice que estará dormida cien años y que será despertada por el hijo de un rey, con quien se casará.

Al oír esto, el corazón del príncipe se llenó de emoción. Sintió que debía intentarlo y, guiado por ese impulso, se adentró en el bosque. Sorprendentemente, los árboles, espinos y rosales se separaban a su paso, abriéndole un camino hasta el castillo. Pero tan pronto como él avanzaba, las ramas se cerraban detrás, impidiendo que su comitiva lo siguiera.

El príncipe continuó sin miedo. Cruzó el patio del castillo, donde vio cuerpos dormidos por todas partes: soldados, sirvientes, incluso animales. Todo estaba en un silencio extraño, como si el tiempo se hubiera detenido. Al observar con atención, notó que todos respiraban: estaban dormidos, no muertos.

Subió por una gran escalera, atravesó varias salas, y finalmente llegó a una habitación dorada. En el centro, en una cama con cortinas abiertas, descansaba una joven de una belleza deslumbrante. Parecía tener unos quince o dieciséis años. Sus ojos estaban cerrados, pero su piel tenía el color cálido de la vida.

El príncipe se acercó lentamente, maravillado. Se arrodilló junto a la cama, y en ese momento, porque había llegado la hora señalada, la princesa despertó.

Lo miró con dulzura y dijo:
—¿Eres tú, príncipe mío? ¡Qué largo ha sido el tiempo que te he esperado!
Estas palabras, y la forma en que las dijo, llenaron al príncipe de alegría. Le respondió que la amaba más que a su propia vida. Ambos se sintieron torpes para hablar, pero eso los hizo aún más encantadores: la falta de palabras fue prueba de la sinceridad de sus sentimientos. La princesa, que había soñado durante cien años, parecía haber ensayado lo que diría. El príncipe, en cambio, estaba abrumado por la emoción.
Pasaron cuatro horas conversando, y aun así no lograron decirse todo lo que querían.
Mientras tanto, todos en el castillo despertaron también. Los músicos afinaban sus instrumentos, los sirvientes retomaban sus tareas, y el banquete parecía haberse detenido solo unos segundos atrás.
La dama de honor, que tenía hambre como todos, le dijo a la princesa que la cena estaba servida. El príncipe la ayudó a levantarse. Ella vestía con gran elegancia, aunque su estilo era muy antiguo, casi como el de una abuela, pero eso no afectaba en nada su belleza.
Fueron al comedor, donde los esperaban los músicos con violines y oboes. Tocaron melodías antiguas, pero muy hermosas. Después de cenar, un sacerdote del castillo los casó en una pequeña capilla.
Al día siguiente, el príncipe regresó a su ciudad, donde su padre lo esperaba preocupado por su ausencia. Le dijo que se había perdido en el bosque mientras cazaba, y que había

pasado la noche en la cabaña de un carbonero, comiendo pan negro y queso.
El rey, que era un hombre amable, le creyó. Pero la reina madre no quedó convencida. Sospechó que su hijo escondía un secreto, sobre todo porque cada vez que salía de “cacería”, pasaban dos o tres días sin saber de él. Intuyó que había una mujer en la historia.
El príncipe mantuvo su relación con la princesa en secreto durante más de dos años. En ese tiempo tuvieron dos hijos: una niña a la que llamaron Aurora, y luego un niño, Día, que parecía aún más bello que su hermana.
La reina madre, que era de linaje de ogros, sí, de esos que sienten deseos de devorar carne humana, empezaba a sospechar. Aunque el rey se había casado con ella por su fortuna, se decía en voz baja que tenía tendencias peligrosas y que apenas lograba contenerse al ver niños pequeños.
Por eso, el príncipe jamás le habló de su esposa ni de sus hijos.
Años después, el rey murió y cuando el príncipe ascendió al trono, declaró públicamente su matrimonio. Fue con gran ceremonia a buscar a la reina y a sus hijos para llevarlos a palacio. La recepción en la capital fue magnífica.
Un tiempo después, el nuevo rey tuvo que partir a la guerra contra un emperador vecino llamado Cantagallos. Antes de marcharse, confió la regencia a su madre y le pidió que cuidara de su esposa y sus hijos.
Apenas él se fue, la reina madre mandó llevar a la reina y a sus dos nietos a una casa apartada en el bosque. Su objetivo era poder satisfacer sus horribles apetitos sin testigos.
Una noche, llamó a su mayordomo y le dijo:

—Mañana quiero comerme a Aurora… con salsa picante.

El mayordomo, horrorizado, no pudo oponerse. Sabía que con una ogra no había espacio para negociar. Tomó un cuchillo enorme y fue hasta el cuarto de la niña, que tenía cuatro años. Cuando ella lo vio, corrió a abrazarlo y le pidió un dulce.

El hombre, conmovido, no pudo hacerle daño. En su lugar, sacrificó un cordero, lo cocinó con una salsa deliciosa y se lo sirvió a la reina madre, quien comió con entusiasmo.

Al mismo tiempo, escondió a Aurora en su propia casa, al fondo del patio.

Una semana después, la reina madre dijo:

—Ahora quiero cenar a mi nieto… Día.

El mayordomo ya sabía qué hacer. Encontró al pequeño, de apenas tres años, jugando con un florete y un mono, como si practicara esgrima. Lo llevó junto a su hermana y cocinó un cabrito, que también fue del gusto de la ogra.

Todo marchaba bien, hasta que la reina madre decidió que también quería comerse a la reina.

—Esta noche —dijo—, quiero comerme a la joven reina… en salsa picante, como a sus hijos.

Esta vez, el mayordomo sintió que no podría engañarla tan fácilmente. No había animal en el corral que se pareciera a una mujer de veinte años… y menos a una que en realidad tenía ciento veinte, contando su largo sueño.

Con pesar, fue a su habitación y le explicó a la reina lo que debía hacer.

Ella, resignada, le respondió:
—Haz lo que te han mandado. Así al menos podré reunirme con mis hijos.
Pero el mayordomo, conmovido, exclamó:
—¡No, mi señora! No morirán ni usted ni sus hijos. Están a salvo en mi casa y ahí la llevaré ahora mismo. Engañaré otra vez a la reina madre con carne de ciervo.
Así lo hizo. La reina se reunió con sus hijos, los abrazó y lloró de alegría. Mientras tanto, el mayordomo cocinó el ciervo, y la ogra se lo comió con placer, convencida de que era la carne de su nuera.
Esa misma noche, la ogra, como solía hacer, salió a rondar los patios y corrales del castillo, esperando encontrar carne fresca. Fue entonces cuando escuchó al pequeño Día llorando porque su madre lo estaba regañando, y también oyó la vocecita de Aurora pidiendo que no lo castigaran. La ogra reconoció al instante las voces de la reina y de sus nietos, y comprendió que había sido engañada.
Enfurecida, dio un alarido tan salvaje que heló la sangre de todos los que la oyeron. Al amanecer, gritó con voz espantosa que trajeran a la reina, a sus hijos, al mayordomo, a su esposa y a la criada. Ordenó que los ataran de manos y los llevaran al centro del patio, donde había hecho preparar un gigantesco tonel lleno de serpientes, sapos, víboras, culebras y otras alimañas repugnantes.
Su intención era arrojarlos vivos al tonel, uno por uno, para verlos retorcerse mientras eran devorados.

Los verdugos se acercaban ya, listos para cumplir la orden, cuando, de pronto el rey, que había regresado antes de lo previsto, apareció a caballo. Al ver semejante escena, detuvo su montura de golpe, bajó de un salto y preguntó con voz firme qué significaba todo aquello.
Los presentes se quedaron paralizados. Nadie se atrevía a hablar.
La ogra, fuera de sí y derrotada, lanzó un grito inhumano y se arrojó ella misma al tonel, de cabeza. Las bestias que había criado para su banquete no distinguieron a su dueña: la destrozaron y la devoraron en cuestión de segundos.
El rey, aunque conmovido, después de todo era su madre (por monstruosa que fuera), no tardó en reencontrar la paz abrazando a su esposa y a sus hijos.

Moraleja

Esperar nunca es del gusto,
eso todos lo sabemos,
pero ir rápido no siempre
te lleva más lejos o bueno.
Hay cosas que en esta vida
requieren tiempo y sosiego:
no se puede apresurar
lo que madura en su tiempo.
Esperar cien años justos
por un amor verdadero
puede parecer exagero,
pero así lo quiso el cuento.
Casarse, ya bien se sabe,
no es asunto sin cuidado,
pues solo la muerte rompe

❖

ese lazo tan sagrado.
Mejor esperar un poco
y vivir con alegría
que por correr un instante
cargar con toda la vida!!

Capítulo 2

La Caperucita Roja

(Le Petit Chaperon rouge)

En tiempos del rey que perdió la razón, vivía en una aldea una niña, la más linda entre todas. Su madre estaba encantada con ella, y su abuela lo estaba aún más. Fue esta última quien le hizo una capa con capucha de color rojo, que le quedaba tan bien que todos comenzaron a llamarla *Caperucita Roja*.

Un día, su madre horneó unas tortas y le dijo:

—Ve a casa de tu abuela a ver cómo está. Me han dicho que está enferma. Llévale esta torta y este tarro con manteca.

Caperucita Roja salió en dirección a la casa de su abuela, que vivía en otra aldea. Para llegar debía cruzar un bosque. Mientras caminaba, se encontró con un lobo, que tuvo ganas de devorarla en ese mismo instante, pero no lo hizo porque cerca andaban algunos leñadores.

El lobo le preguntó a dónde iba. Y la niña, que no sabía que era peligroso hablar con extraños, le respondió con total inocencia:

—Voy a casa de mi abuela. Le llevo una torta y un tarrito de manteca que le manda mi mamá.

—¿Vive muy lejos? —le preguntó el lobo.

—Sí —contestó Caperucita—, del otro lado del molino que ves ahí, en la primera casa del pueblo.

—Entonces, —dijo el lobo—, yo también quiero visitarla. Iremos por caminos distintos: tú toma ese de allá y yo tomaré este. Veamos quién llega primero.

El lobo se echó a correr lo más rápido que pudo, tomando el camino más corto. Caperucita, en cambio, fue por el más largo, deteniéndose a recoger avellanas, perseguir mariposas y hacer ramos con las flores del camino.

El lobo llegó en poco tiempo a la casa de la abuela. Llamó a la puerta: ¡pam, pam!

—¿Quién es?

—Soy tu nieta, Caperucita Roja —dijo el lobo imitando la voz de la niña—. Te traigo una torta y un tarro de manteca de parte de mamá.

La abuela, que estaba en cama porque se sentía mal, respondió:

—Tira del cordón y la puerta se abrirá.

El lobo lo hizo, entró y, sin dudarlo un segundo, se lanzó sobre la anciana y se la comió entera. Hacía más de tres días que no probaba bocado. Luego cerró la puerta, se puso la ropa de la abuela, se metió en la cama y esperó.

Un rato más tarde, Caperucita Roja llegó y llamó a la puerta: ¡pam, pam!

—¿Quién es?

Caperucita escuchó una voz ronca y sintió miedo. Pero pensando que su abuela estaba resfriada, respondió:

—Soy yo, tu nieta, Caperucita Roja. Te traigo una torta y un tarrito de manteca que manda mamá.

El lobo, forzando una voz dulce, respondió:

—Tira del cordón y la puerta se abrirá.

La niña lo hizo. Entró a la casa y el lobo, tapado con la manta hasta la nariz, le dijo:

—Deja la torta y el tarro de manteca sobre la mesa y ven a acostarte conmigo.

Caperucita hizo lo que le pidió. Se desnudó y se metió en la cama. Pero al ver a su "abuela", notó algo extraño:

—Abuelita, qué brazos tan largos tienes.

—Es para abrazarte mejor, hija mía.

—Abuelita, qué piernas tan largas tienes.

—Es para correr mejor, hija mía.

—Abuelita, qué orejas tan grandes tienes.

—Es para oírte mejor, hija mía.

—Abuelita, qué ojos tan grandes tienes.

—Es para verte mejor, hija mía.

—Abuelita, qué dientes tan grandes tienes.

—¡Es para comerte mejor!

Y dicho esto, el lobo saltó sobre Caperucita Roja... y se la comió.

❖

Moraleja

La niña bonita,
y la que no lo parezca,
que esta moraleja
a todas les llega:
que mucho cuidado
al lobo le tengan,
que a veces es joven,
bien vestido, sin pena,
con dulces palabras
y falsas promesas,
tan pronto olvidadas
como fueron hechas!!

Capítulo 3

Barba Azul

(La Barbe bleue)

Había una vez un hombre que tenía lujosas propiedades en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles ricamente decorados y carrozas doradas. Pero tenía un defecto que espantaba a todos: su barba era de un azul intenso, un color que le daba un aspecto tan raro y terrible que todas las mujeres huían al verlo.

Una vecina suya, una dama de cierto rango, tenía dos hijas muy hermosas. Barba Azul pidió en matrimonio a una de ellas, dejando que la madre eligiera cuál sería su esposa. Ninguna de las jóvenes quería casarse con él, y cada cual intentaba que fuera la otra quien aceptara, sin que la otra ni la una se decidieran a ser la mujer de un hombre que tenía la barba azul. Además de su aspecto, les inquietaba que Barba Azul ya había tenido varias esposas y nadie sabía qué había sido de ellas.

Para ganarse su confianza, Barba Azul las invitó y las llevó junto con su madre, algunos amigos cercanos y varias jóvenes de la vecindad a una de sus casas de campo. Pasaron allí ocho días de fiestas, paseos, cacerías, bailes y tertulias. En las noches, dormían poco y reían mucho. El tiempo fue tan agradable, que la menor de las hermanas empezó a encontrarle simpático, incluso atractivo, y dejó de notar su barba azul. Cuando regresaron a la ciudad, celebraron la boda.

Un mes después, Barba Azul le anunció a su esposa que debía hacer un viaje a provincias. Le dijo que estaría fuera unas seis semanas por asuntos importantes. También le pidió que se divirtiera durante su ausencia, que invitara a sus amigas y saliera al campo si así lo deseaba, para que no estuviese triste.

—Aquí tienes las llaves de todos mis bienes —le dijo—. Estas abren los grandes armarios; estas otras, la vajilla de oro y plata que no se usan diariamente; estas, las cajas con metales preciosos; estas son de los cofres con piedras y joyas. Esta llave pequeña abre todas las puertas de la casa, y esta última, la más pequeña, es la del gabinete al final del pasillo de la galería. Puedes entrar donde quieras, menos ahí. Te lo prohíbo expresamente. Si desobedeces, sabrás de lo que soy capaz.

Ella le prometió respetar su voluntad. Barba Azul la abrazó, subió a su carruaje y partió.

Ni bien se fue, las vecinas y amistades de la joven esposa llegaron de inmediato. Querían ver con sus propios ojos lo que no se habían atrevido a visitar cuando el marido estaba presente, porque su sola presencia y su barba azul las asustaba. En seguida recorrieron una a una las salas, gabinetes y guardarropas, sorprendidas por la riqueza en cada habitación. No se cansaron de admirar la cantidad y el lujo de los tapices, las camas, sofás, mesas y espejos que reproducían las imágenes de la cabeza a los pies y en los que los adornos, los unos de cristal, de plata dorados los otros, eran tan bellos y magníficos que no habían otros iguales. No dejaban de admirar y envidiar la suerte de su amiga, que sin

embargo, no se divertía con tantas riquezas, porque la impaciencia por abrir el gabinete de abajo la dominaba por completo. La curiosidad pudo más que ella. Sin preocuparse por las normas de cortesía ni por dejar solas a sus visitas, bajó por una escalerilla reservada, tan apresurada que por poco se cae dos o tres veces.

Cuando llegó frente a la puerta del gabinete, se detuvo un momento. Recordó la prohibición de su esposo y pensó que desobedecer podría traerle una desgracia. Pero la tentación era más fuerte que el miedo. No pudo resistir. Tomó la pequeña llave, y temblando, abrió la puerta del gabinete.

Al principio no vio nada, porque las ventanas estaban cerradas. Pero, al cabo de unos instantes, los objetos comenzaron a distinguirse, y notó que el suelo estaba completamente cubierto de sangre seca, en la que se reflejaban los cuerpos de varias mujeres muertas, colgadas de las paredes. Eran todas aquellas con quienes Barba Azul se había casado, y a las que había degollado, una tras otra.

Creyó morir del espanto ante semejante espectáculo, y la llave del gabinete, que acababa de sacar de la cerradura, se le cayó de las manos. Después de reponerse un poco, recogió la llave, cerró la puerta y subió a su habitación, intentando calmar su agitación, pero no lo consiguió, ya que el horror que sentía la dominaba.

Al darse cuenta de que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, intentó limpiarla varias veces, pero la mancha no desaparecía. La lavó sin éxito, la frotó con arena y con piedra pómez, pero las manchas seguían ahí, sin que hubiese manera de hacerlas desaparecer: cuando lograba quitarlas de un lado, aparecían del otro.

Barba Azul regresó de su viaje esa misma noche. Dijo que, en el camino, había recibido cartas informándole que el

asunto por el cual se había ausentado se había resuelto favorablemente. Su esposa hizo todo lo posible para que él creyera que su regreso repentino la había llenado de alegría. Al día siguiente, le entregó las llaves. Pero al hacerlo, temblaba tanto que Barba Azul adivinó de inmediato lo que había ocurrido.

—¿Por qué no está con las demás la llavecita del gabinete? —le preguntó.

—Probablemente la dejé sobre mi mesa —respondió ella.

—Dámela ahora mismo —añadió Barba Azul.

Después de varias evasivas, no le quedó más remedio que entregársela. Barba Azul la miró fijamente y le dijo a su esposa:

—¿Por qué tiene sangre esta llave?

—Lo ignoro —contestó ella, más pálida que la muerte.

—¿No lo sabes? —replicó Barba Azul—. Yo sí lo sé. Has querido entrar al gabinete. Pues bien: vas a entrar, y ocuparás tu lugar junto a las mujeres que viste ahí dentro.

Al oír estas palabras, se arrojó llorando a los pies de su esposo y le pidió perdón, con todas las muestras de un verdadero arrepentimiento por haberle desobedecido. Su dolor y su belleza eran tan grandes que habrían conmovido a una piedra. Pero Barba Azul tenía el corazón más duro que el granito.

—Es necesario que mueras —le dijo—, y morirás en este instante.

—Si no hay otra opción —murmuró ella, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas—, concédeme al menos un poco de tiempo para rezar.
—Te doy diez minutos —respondió Barba Azul—, ni un segundo más.
Apenas se quedó sola, llamó a su hermana y le dijo:
—Anita, hermana mía, sube a lo alto de la torre y fíjate si vienen nuestros hermanos.
—Me prometieron que vendrían a verme hoy, y si los ves, hazles señas para que se apuren.
Anita subió a lo alto de la torre, y la desdichada le preguntaba a cada momento:
—Anita, hermana mía, ¿ves algo?
Y Anita respondía:
—Solo veo el sol que brilla y la hierba que reverdece.
Barba Azul, con una enorme cuchilla en la mano, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:
—¡Baja de inmediato o subiré yo!
—¡Un instante, por piedad! —le suplicaba su esposa, y luego murmuraba en voz baja— Anita, hermana mía, ¿ves algo?
Y su hermana respondía:
—Solo veo el sol que brilla y la hierba que reverdece.

—¡Baja ahora mismo! —rugía Barba Azul— ¡O subiré yo!
—¡Ya voy! —respondía la infeliz; y luego preguntaba ansiosa— Anita, hermana mía, ¿viene alguien?
—Sí, veo una gran polvareda que se acerca…
—¿Son mis hermanos?
—¡Ay, no, hermana mía! Es un rebaño de carneros.
—¿Bajas o no bajas? —vociferaba Barba Azul.
—¡Un momento, solo un instante más! —gritó su esposa; y luego añadió:
—Anita, hermana mía, ¿viene alguien?
—Veo —respondió—, a dos caballeros que vienen en esta dirección, pero todavía están muy lejos.
—¡Alabado sea Dios! —exclamó poco después—; ¡son mis hermanos! Les hago señas para que se apuren.

Barba Azul empezó a gritar con tanta furia que toda la casa tembló. La pobre mujer bajó y fue a arrojarse a sus pies, llorando y con el cabello revuelto.

—De nada te servirán las lágrimas —le dijo—; tienes que morir.

Entonces la agarró del cabello con una mano y levantó con la otra la cuchilla para cortarle la cabeza. La infeliz lo miró con ojos de moribunda y le rogó que le concediera unos segundos más.

—¡No, no! —rugió aquel hombre—. ¡Encomiéndate a Dios!

Y al mismo tiempo levantó el brazo armado.

En ese preciso instante, golpearon la puerta con tanta fuerza que Barba Azul se detuvo. Al abrirla, entraron dos caballeros con las espadas desenvainadas. Corrieron directamente hacia él.
Barba Azul los reconoció de inmediato: eran los hermanos de su esposa, uno oficial de los dragones y el otro mosquetero. Al verlos, intentó huir.
Los dos hermanos lo persiguieron tan de cerca, que lo alcanzaron antes de que pudiera llegar a la plataforma. Le atravesaron el cuerpo con sus espadas y lo dejaron muerto.
La pobre mujer estaba casi tan sin vida como su marido, y no tuvo fuerzas ni para levantarse, ni para abrazar a sus hermanos.
Como Barba Azul no tenía herederos, toda su fortuna pasó a su esposa. Con una parte ayudó a casar a su hermana con un joven caballero que la había amado desde hacía tiempo. Con otra parte, compró los grados de capitán para sus hermanos. Y el resto lo conservó para ella misma, casándose más adelante con un hombre muy digno y honrado, que la ayudó a olvidar los tristes momentos vividos junto a Barba Azul.

Moraleja

De lo dicho se deduce,
si el cuento sabes leer,

que al curioso los disgustos
le suelen llover por cien.
La curiosidad te atrapa,
te gobierna sin por qué,
y una vez que se sacia,
ya no queda ni el placer.

❖

Solo quedan las consecuencias,
que deberías prever!!

Otra moraleja

Este cuento es de otros tiempos,
eso todos lo sabemos.
Mas hoy día, aunque el marido
esté devorado en celos,
y tenga la barba azul
o el cabello negro negro,
es la mujer quien lo vence
con dulzura y con talento.
Si en casa quieres tener
paz... ya conoces el secreto!!

Capítulo 4

El gato con botas

(Le Maître Chat ou le Chat botté)

Murió un molinero que tenía tres hijos, y no dejó más bienes que su molino, un burro y un gato.

El reparto se hizo con facilidad; no hubo necesidad de escribano ni procurador, porque un patrimonio tan pobre no daba para pleitos.

El hijo mayor se quedó con el molino.

El segundo, con el burro.

Y el menor, solo recibió el gato.

El pobre muchacho se sintió desconsolado al ver que le había tocado una herencia tan mísera.

—Mis hermanos —decía— podrán ganarse la vida honestamente trabajando juntos. Pero yo, después de comerme al gato y vender su piel por unas monedas, no tendré más remedio que morirme de hambre.

El gato, que escuchaba esas palabras, saltó de un brinco sobre las rodillas de su amo, y acariciándolo a su manera, le dijo:

—No se aflija, mi amo. Cómpreme un par de botas y un saco con cordones, y verá que su parte de la herencia no es tan mala como cree.

El muchacho tenía tanta confianza en la astucia de su gato, y lo había visto mostrar tanto ingenio cazando pájaros y ratones, que no perdió la esperanza de que lo sacara de su miseria. Reunió entonces unas pocas monedas y le compró lo que había pedido.

El gato se puso de inmediato las botas, se colgó el saco al cuello, sujetó los cordones con las patas delanteras y se fue a un bosque donde abundaban los conejos.

Colocó el saco junto al tronco de un árbol, dejó dentro unas ramas de tomillo fresco y, haciéndose el muerto, se tumbó a esperar que algún conejito joven, aún ignorante de los peligros del mundo, entrara al saco para darse un festín con lo que había dentro.

Llevaba solo unos minutos apostado cuando un pequeño conejo entró corriendo en el saco. El gato tiró rápidamente de los cordones, lo atrapó dentro y lo mató con gran destreza.

Orgulloso de su hazaña, se dirigió al palacio del rey de aquella región y pidió audiencia con Su Majestad.

Lo condujeron hasta la cámara real y, tras hacer una profunda reverencia, se dirigió al monarca y, presentándole el conejo, le dijo:

—Señor, mi amo, el señor marqués de Carabás, tiene el honor de ofrecerle esta pieza de caza que ha cobrado esta misma mañana en sus tierras.

—Dile a tu amo —respondió el rey— que lo acepto con mucho gusto y que le estoy muy agradecido.

El gato salió del palacio dando saltos de alegría y fue corriendo a contarle a su amo lo que había hecho.
Unos días después, volvió al bosque, con sus botas puestas y su saco al hombro. No tardó en atrapar un par de perdices. De inmediato las llevó al rey, tal como había hecho con el conejo.
El monarca recibió las perdices con tanto agrado, que mandó a su tesorero darle al gato unas monedas “para que se tomara algo a su salud”.
Durante dos o tres meses, el gato siguió llevando al rey, de tanto en tanto, alguna pieza de caza.
Pero un día se enteró de que el rey saldría de paseo por la orilla del río con su hija, la princesa más hermosa del mundo. Entonces, el gato le dijo a su amo:
—Si hace lo que le digo —dijo el gato—, tiene la fortuna asegurada. Vaya a bañarse al río, en el lugar que yo le indique, y luego déjeme hacer lo demás.
El hijo del molinero, aunque no entendía del todo las intenciones de su gato, obedeció.
Mientras se bañaba en el río, el rey llegó con su carruaje a pasear por la orilla, tal como el gato había previsto. Entonces, el gato comenzó a gritar con todas sus fuerzas:
—¡Socorro! ¡Socorro! ¡El señor marqués de Carabás se está ahogando!
Al oír los gritos, el rey asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje y, al reconocer al gato que tantas veces le había llevado caza, ordenó de inmediato a sus guardias que corrieran a socorrer al marqués de Carabás.

Mientras sacaban del río al pobre marqués, el gato se acercó a la carroza y le explicó al rey que, mientras su amo se bañaba, unos ladrones le habían robado la ropa, aunque él había gritado pidiendo ayuda con todas sus fuerzas.
El rey, compadecido, ordenó de inmediato a los oficiales de su guardarropa que trajeran uno de sus trajes más elegantes para el marqués de Carabás.
Una vez vestido, el supuesto marqués se presentó ante el rey, quien lo recibió con gran agrado. Las espléndidas ropas realzaban aún más su belleza natural, y la hija del monarca lo miró con tanta ternura y simpatía que no pasó desapercibido para los cortesanos.
El rey invitó al marqués a subir a la carroza y a acompañarlos en su paseo. El gato, rebosante de alegría al ver que su plan empezaba a dar frutos, se adelantó.
Poco después encontró a unos campesinos que estaban segando el heno en un prado, y les dijo:
—Buena gente —les dijo el gato—, si no le dicen al rey que este prado que están segando pertenece al señor marqués de Carabás, los haré pedazos más pequeños que las piedras del río.
El rey, al pasar por allí, no tardó en preguntar a los segadores de quién eran esos prados. Y, temerosos por la amenaza del gato, todos respondieron al unísono:
—Son del señor marqués de Carabás.
—Tiene unas tierras magníficas —le dijo el rey al hijo del molinero.

—Sí, señor —respondió este—, este prado me da muy buenas cosechas todos los años.

El gato, que siempre iba unos pasos adelante, se encontró luego con unos campesinos que cavaban la tierra, y les dijo:

—Buena gente, si cuando el rey les pregunte no le responden que estas tierras pertenecen al señor marqués de Carabás, serán hechos pedazos tan pequeños como las piedras del río.

Poco después, el rey pasó por allí y, como era curioso, quiso saber de quién eran aquellas tierras. Les preguntó a los campesinos:

—¿Quién es el dueño de estas tierras?

—Nuestro amo —respondieron ellos sin dudar— es el señor marqués de Carabás.

El rey volvió a felicitar al hijo del molinero.

El gato, que seguía siempre delante de la carroza, repetía la misma advertencia a todos los que encontraba en el camino. El rey no tardó en asombrarse de las vastas riquezas del supuesto marqués de Carabás.

Finalmente, el gato llegó a un hermoso castillo, cuyo dueño era un ogro, el más rico de toda la región, pues le pertenecían todos los prados y bosques por los que el rey había pasado durante su paseo.

Después de informarse bien sobre las particularidades de aquel ogro, el gato se dirigió a su castillo y pidió audiencia, diciendo que no podía pasar por sus dominios sin presentarle sus respetos.

El ogro lo recibió con mucha cortesía y lo invitó a descansar.

—Me han asegurado —le dijo el gato— que tiene el don de transformarse en cualquier animal que quiera; que puede, por ejemplo, convertirse en elefante... o en león.

—Así es —respondió el ogro—, y para demostrártelo, ahora mismo me transformaré en león.

La transformación fue instantánea. El gato se asustó tanto al ver de pronto un león delante de él que saltó de un brinco hasta el alero del tejado, no sin dificultad, ya que las botas que llevaba no estaban hechas para caminar sobre tejas.

Al cabo de un rato, cuando vio que el ogro había vuelto a su forma original, el gato bajó de nuevo y le dijo:

—También me han contado —aunque me cuesta creerlo— que puede transformarse en animales muy pequeños, como por ejemplo un ratón. Eso sí que me parece imposible.

—¿Imposible? —exclamó el ogro— ¡Ahora mismo lo verás!

En ese mismo instante, el ogro se transformó en un ratón diminuto y comenzó a correr por la sala.

El gato no esperó ni un segundo más: se lanzó ágilmente sobre él, le clavó las uñas y los dientes, y lo degolló de un solo mordisco.

Mientras tanto, el rey, que al pasar por allí había visto el magnífico castillo del ogro, quiso entrar a descansar.

El gato, que escuchó el ruido de la carroza al cruzar el puente levadizo, salió corriendo a recibirlos y dijo al rey:

—¡Bienvenido sea Su Majestad al castillo de mi noble amo, el señor marqués de Carabás!

—¿Cómo? ¿Este castillo es suyo, señor marqués? —dijo el rey, dirigiéndose al hijo del molinero—. ¡No hay otro igual en todo mi reino! Si lo desea, muéstrenos sus maravillas.

El marqués ofreció el brazo a la joven princesa y, siguiendo al rey, que iba delante, entraron en un gran salón donde encontraron servida una abundante cena. Era la que el ogro había mandado preparar para sus amigos, que esa noche debían ir a divertirse al castillo, pero que no se atrevieron a entrar al enterarse de que el rey se encontraba allí.

Encantado con las cualidades del marqués y al notar que su hija tampoco lo miraba con indiferencia, después de haber bebido cuatro o cinco copas de un excelente vino, el rey le dijo:

—Me daría mucho gusto, amigo mío, que aceptara ser mi yerno.

El hijo del molinero, haciendo profundas reverencias, aceptó la honrosa proposición del rey, y pocos días después se casó con la joven y bella princesa.

El gato se convirtió en todo un gran señor, y desde entonces persiguió ratones solo por entretenimiento. Nunca se separó de su amo, y a veces le decía, con tono jovial:

—¿Ve ahora cómo el ingenio y la astucia valen más que cualquier herencia?

Aquel gato, sin duda, era todo un filósofo.

Moraleja

Al principio puede parecer fortuna
heredar algo de peso o de altura;
pero es el ingenio —y no la cuna—
lo que abre paso a la verdadera ventura.
Porque al final, el talento decidido
vale más que un apellido recibido!!

Otra moraleja

Si el hijo de un molinero sencillo
logra conquistar con sólo su brillo
a una princesa de noble corazón,
es porque vestir con cierto estilo,
ser joven, atento y algo atractivo
tiene su efecto... en cualquier ocasión!!

Capítulo 5

Las hadas

(Les Fées)

Una viuda tenía dos hijas. La mayor se le parecía tanto en el carácter como en el rostro, que quien la veía, veía a la madre. Ambas eran tan desagradables y orgullosas, que resultaba imposible convivir con ellas. La menor, en cambio, era el vivo retrato de su padre, tanto por su dulzura como por su nobleza, y todos los que la conocían decían que era hermosa por dentro y por fuera.

Como cada quien ama a quien se le parece, la madre adoraba con delirio a la mayor y despreciaba abiertamente a la menor. La hacía comer en la cocina y la condenaba a trabajar sin descanso. Entre otras tareas, la obligaba a ir dos veces al día a buscar agua a una fuente que estaba a más de media legua de la casa, y regresaba cargando una enorme jarra llena.

Un día, mientras estaba en la fuente, se le acercó una anciana pobre y le pidió que le diera un poco de agua para beber.

—Con mucho gusto, buena señora —respondió la joven—. Y, levantando la jarra, la llenó con agua del punto más claro de la fuente. Luego la sostuvo con ambas manos, presentándosela a la anciana para que pudiera beber con comodidad.

Una vez que la mujer calmó su sed, le dijo:

—Eres tan bella, tan amable y tan honesta, que quiero hacerte un regalo: a partir de ahora, cada vez que hables, saldrá de tu boca una flor o una piedra preciosa.

La anciana no era otra cosa que un hada, que había adoptado la apariencia de una pobre mujer campesina para poner a prueba la bondad de la muchacha.

En cuanto la joven regresó a casa, su madre la regañó por haber tardado tanto en volver de la fuente.

—Perdóneme, madre —dijo la pobre muchacha—, por haberme demorado tanto.

Y al pronunciar esas palabras, salieron de su boca dos rosas, dos perlas y dos grandes diamantes.

—¡Pero qué es esto! —exclamó la madre, llena de asombro—. ¡Me parece que te salen perlas y diamantes de la boca! ¿A qué se debe eso, hija mía?

Fue la primera vez que la llamó *hija*. La muchacha le contó con total inocencia lo que había sucedido. Y mientras hablaba, continuaban brotando de sus labios diamantes en cantidad.

—Tengo que mandar a mi otra hija a la fuente —dijo la madre—. Mira lo que le sale de la boca a tu hermana cuando habla. ¿No te gustaría tener el mismo don? Para conseguirlo, solo tienes que ir a buscar agua y, si una mujer pobre te pide de beber, ofrecérselo con amabilidad.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó la mayor—. ¿Yo ir a la fuente?

—Quiero que vayas ahora mismo —ordenó la madre.

La joven fue a regañadientes, murmurando durante todo el camino. Llevaba consigo la jarra de plata más fina que había en la casa. Al llegar a la fuente, vio salir del bosque a una dama magníficamente vestida, que le pidió un poco de agua para beber.

Era la misma hada que había aparecido a su hermana, solo que ahora venía disfrazada como una princesa, para poner a prueba la maldad de la mayor.

—¿Acaso he venido hasta aquí —respondió con brusquedad la orgullosa— para darle de beber? ¿Cree que para eso traje una jarra de plata? Ahí está la fuente. Si tiene sed, beba usted sola.

El hada le contestó con voz tranquila, sin mostrar enfado alguno:

—No tienes buen corazón. Y como has demostrado tan poca amabilidad, te concedo también un don: a partir de ahora, cada vez que hables, saldrá de tu boca una serpiente o una galápago.

Cuando regresó a la casa, su madre le gritó apenas la vio:

—¿Y bien, hija mía?

—¿Y bien, madre mía? —respondió con desdén, mientras salían de su boca dos víboras y dos galápagos.

—¡Cielo santo! —gritó la madre—. ¡Todo esto es culpa de tu hermana, y me las va a pagar!

Y dicho esto, corrió tras la menor para golpearla. La pobre muchacha logró escapar y se refugió en el bosque cercano. Allí la encontró el hijo del rey, que volvía de una jornada de caza. Al verla tan hermosa y con los ojos llenos de lágrimas, le preguntó qué hacía sola en aquel lugar y por qué lloraba.

—Ay, señor —respondió entre sollozos—, mi madre me ha echado de casa.

El príncipe, que vio salir de su boca cinco o seis perlas y otros tantos diamantes, le rogó que le explicara el motivo de tan extraña maravilla. La joven le contó su aventura en la fuente.

El príncipe se enamoró de ella al instante, y pensando que aquel don valía más que cualquier dote, la llevó al palacio de su padre… y se casó con ella.

En cuanto a la hermana mayor, llegó a hacerse tan insoportable, que su propia madre terminó por echarla también. Y como nadie quiso acogerla, después de mucho andar, murió sola en un rincón del bosque.

Moraleja

Diamantes y oro, sin duda,
abren puertas donde vas;
pero una voz dulce y justa

vale todavía más!!

Otra moraleja

La honradez, tarde o temprano,
siempre encuentra recompensa,
y a menudo la consigue
cuando ya nadie la espera!!

Capítulo 6

Cenicienta,
o la zapatilla de cristal

(Cendrillon ou la Petite Pantoufle de verre)

Érase una vez un caballero que, al enviudar, contrajo segundas nupcias con una mujer altiva y huraña como pocas. Ella tenía dos hijas, tan orgullosas y desagradables como su madre. Por su parte, el caballero tenía una hija cuya dulzura y bondad no tenían igual; había heredado el carácter noble de su difunta madre, que en vida fue una mujer verdaderamente buena.

Apenas se celebraron las bodas, la madrastra hizo sentir su mal carácter sobre la joven. No soportaba sus buenas cualidades, y aún menos cuando quedaban en evidencia al compararlas con las de sus propias hijas, que resultaban aún más despreciables.

Le encargó a la joven las tareas más humillantes de la casa: debía fregar los platos y todos los utensilios de cocina, barrer las habitaciones de la señora y de sus hijas, y dormir en el desván, sobre un jergón[3] miserable. Mientras tanto, sus hermanas se alojaban en cuartos bien amueblados, con camas cómodas y grandes espejos donde podían contemplarse de pies a cabeza.

[3] *Colchoneta delgada rellena de paja, hojas secas o trapos, sin estructura ni resortes, que se coloca directamente sobre el suelo.*

La pobre muchacha soportaba todo con paciencia y no se atrevía a quejarse con su padre, que la habría reprendido, pues estaba completamente dominado por su esposa. Cuando terminaba sus tareas, solía ir a sentarse en un rincón junto a la chimenea, justo sobre la ceniza. De ahí nació el apodo que le pusieron. Su hermana menor, que no era tan cruel como la mayor, la llamaba simplemente *Cenicienta*. Aun así, la pobre muchacha, con sus vestidos remendados y descoloridos, era cien veces más hermosa que sus hermanas, a pesar de los trajes lujosos que ellas lucían.

En aquellos días, el hijo del rey organizó un gran baile, al que fueron invitadas todas las damas distinguidas del reino, incluyendo a las dos hermanastras, que figuraban entre las más notables del país. Ambas estaban ocupadas eligiendo los vestidos y adornos que mejor les quedaran, lo que significaba más trabajo para Cenicienta, ya que ella era quien arreglaba sus vestidos, planchaba sus jubones[4] y cuidaba que todo quedara en su lugar.

Solo se hablaba del traje que llevarían.

—Yo —dijo la mayor— me pondré el vestido de terciopelo rojo con mis joyas inglesas.

—Yo —añadió la menor— usaré mis faldas habituales, pero llevaré el manto bordado con flores de oro y el adorno de diamantes… una joya de las mejores.

Mandaron llamar a una buena peinadora para que hiciera maravillas con sus cabellos, y encargaron lunares en la tienda donde los hacían mejor. También llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, porque su gusto era realmente exquisito.

[4] *Prenda ajustada al torso, con o sin mangas, que se usaba como parte superior del vestuario, a veces debajo de otros elementos como capas o corpiños.*

Ella les dio excelentes consejos e incluso se ofreció a peinarlas, cosa que sus hermanas aceptaron con agrado. Mientras las arreglaba, le dijeron en tono burlón:

—Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

—¡Ay, señoritas! ¿Se burlan de mí? ¡Yo no tengo por qué ir a un baile!

—Tienes razón —respondieron—. ¡Imagínate las risas si vieran a una como tú en un salón de palacio!

Cualquier otra en su lugar las habría peinado mal por despecho, pero Cenicienta era buena, y las dejó más lindas que nunca.

Pasaron casi dos días sin comer, tan grande era su emoción. Rompieron más de doce lazos intentando apretarse la cintura lo más posible, y se pasaron horas enteras frente al espejo.

Al fin llegó el día tan esperado. Se fueron al baile y Cenicienta las siguió con la mirada hasta que desaparecieron de su vista. Entonces se echó a llorar.

Su madrina, al verla bañada en lágrimas, le preguntó con dulzura qué le pasaba.

—Yo quisiera… yo quisiera…

Los sollozos le apagaban la voz y no podía continuar. Su madrina, que era un hada, le dijo:

—¿Quieres ir al baile? ¿Acerté?

—¡Ah, sí! —respondió Cenicienta, suspirando.

—¿Vas a portarte bien? —le preguntó su madrina—. Si es así, irás al baile.

La llevó a su cuarto y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fue enseguida a buscarla y eligió la más hermosa que encontró. Se la entregó a su madrina, sin entender qué relación podía tener una calabaza con un baile. Su madrina la vació por dentro y, cuando solo quedó la corteza, la tocó con su varita. En ese instante, la calabaza se convirtió en una magnífica carroza dorada.

Luego fue a buscar la ratonera, donde encontró seis ratones, todos vivos. Le pidió a Cenicienta que levantara un poco la trampa y, a medida que salía cada ratón, le daba un toque con su varita. Al instante, cada uno se transformaba en un soberbio caballo.

Así reunió un magnífico tiro de seis corceles, de un hermoso color gris ratón, que causaban admiración.

Pensaba el hada qué podía hacer para conseguir un cochero, cuando Cenicienta dijo:

—Voy a ver si quedó algún ratón en la ratonera. Podemos convertirlo en cochero.

—Buena idea —respondió el hada—. Ve a revisar.

Cenicienta regresó con la ratonera, donde encontró tres ratas grandes. El hada eligió una de ellas, la que tenía la barba más larga, y al tocarla con su varita, se transformó en un fornido cochero, con unos bigotes gruesos y retorcidos.

Entonces el hada le dijo:

—Ve al jardín y tráeme seis lagartos. Están detrás de la regadera.
Cenicienta fue enseguida, y al regresar con los lagartos, su madrina los tocó con la varita uno por uno, convirtiéndolos en seis lacayos. De inmediato subieron a la carroza con sus libreas bordadas, y se colocaron en sus puestos con tanta firmeza que parecía que nunca hubieran hecho otra cosa en la vida.
Entonces el hada le dijo a Cenicienta:
—¡Listo! Ya tienes todo lo necesario para ir al baile. ¿Estás contenta?
—Sí, madrina… pero, ¿voy a ir al baile con este vestido tan feo?
Su madrina la tocó con la varita, y sus ropas se transformaron en un vestido de oro y seda bordado con piedras preciosas. Luego le dio unas zapatillas de cristal, las más hermosas que jamás hayan visto ojos humanos.
Cenicienta subió a la carroza, y su madrina le advirtió con firmeza que debía salir del baile antes de la medianoche. Le explicó que, si se quedaba un solo minuto más, la carroza volvería a ser calabaza, los caballos se transformarían en ratones, los lacayos en lagartos y sus espléndidos vestidos recuperarían su aspecto original.
Después de prometerle que se retiraría antes de la medianoche, Cenicienta partió llena de alegría.
En cuanto llegó, alguien avisó al hijo del rey de que había llegado una gran princesa desconocida. Corrió a recibirla, le

ofreció la mano para ayudarla a bajar de la carroza y la condujo al salón donde se encontraban los invitados.
Al entrar, se hizo un gran silencio. Todos dejaron de bailar, los violines se callaron, y la atención se centró por completo en ella. Tal fue la impresión que causó su extraordinaria belleza y el asombro general ante su presencia.
Solo se oía un murmullo general, provocado por una misma exclamación que se repetía en todos los labios:
—¡Qué hermosa es!
Incluso el rey, a pesar de su edad, no podía dejar de mirarla, y decía en voz baja a la reina que hacía mucho tiempo no veía una mujer tan bella y encantadora.
Todas las damas estaban fascinadas con su vestido y su peinado, decididas a conseguir uno igual para el día siguiente… aunque dudaban mucho encontrar telas tan finas ni modistas lo bastante hábiles para imitarlos.
El hijo del rey la condujo al lugar más distinguido del salón y luego la invitó a bailar. Cenicienta lo hizo con tanta gracia, que todos quedaron aún más impresionados.
Se sirvió un espléndido refrigerio, pero el joven príncipe no probó bocado: no podía apartar los ojos de ella.
Cenicienta fue luego a sentarse junto a sus hermanas. Las trató con mucha amabilidad, e incluso les ofreció naranjas y limones que el príncipe le había dado. Ellas quedaron sorprendidas por su cortesía… sin imaginar quién era.
Mientras conversaban, Cenicienta oyó que el reloj marcaba las doce menos cuarto. Hizo una profunda reverencia a todos los presentes y se marchó tan rápido como pudo.

Al llegar a casa, fue directo a ver a su madrina. Después de agradecerle, le dijo que deseaba volver al baile la noche siguiente, pues el hijo del rey se lo había pedido con insistencia.

Estaba contándole todo lo que había pasado cuando escucharon que las hermanas llamaban a la puerta. Cenicienta fue a abrirles y, con tono despreocupado, les dijo:

—¡Qué tarde han llegado!

Al mismo tiempo se frotaba los ojos y se estiraba, como si acabara de despertar… aunque, en realidad, no había pensado en dormir desde que ellas se fueron.

Entonces, una de sus hermanas exclamó:

—Si hubieras estado en el baile, no te habrías aburrido —dijo una de las hermanas—. Fue la princesa más hermosa que se haya visto, y se mostró muy amable con nosotras. Incluso nos dio naranjas y limones.

Cenicienta sintió una enorme alegría al oír aquello. Les preguntó cómo se llamaba la princesa, y le respondieron que nadie lo sabía, añadiendo que el hijo del rey estaba muy apenado por no poder descubrirlo, y que daría lo que fuera por conocer su nombre.

Cenicienta sonrió y dijo:

—¿Era tan hermosa? ¡Dios mío, qué afortunadas son ustedes! Yo también sería feliz si pudiera verla. Hermana, ¿me prestas tu vestido amarillo? Ese que usas todos los días.

—¿Estás loca? —replicó la mayor—. ¿Cómo se te ocurre que voy a prestarte mi vestido a ti, que estás toda sucia y pareces una pordiosera?

Cenicienta ya contaba con esa negativa, y no le pesó, pues no habría sabido qué hacer si su hermana hubiese accedido a prestarle el vestido.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron nuevamente al baile… y también Cenicienta, aún más deslumbrante que la noche anterior. El hijo del rey no se separó de ella ni un momento, y le hablaba con tanta gracia que ella lo escuchaba encantada. Tanto, que se olvidó por completo de lo que su madrina le había advertido.

La primera campanada de medianoche sonó justo cuando ella pensaba que aún no eran las once. Se levantó de inmediato y huyó con la agilidad de una gacela, seguida por el príncipe, que no logró alcanzarla. En su prisa, perdió una de sus zapatillas de cristal, que el hijo del rey recogió cuidadosamente.

Cenicienta llegó a su casa agotada, sin carroza, sin lacayos y vestida nuevamente con sus ropas humildes. De todo el esplendor de esa noche, solo le quedaba una de las zapatillas de cristal, la compañera de la que había perdido.

Cuando preguntaron a los guardias del palacio si habían visto salir a una princesa, dijeron que no: solo habían visto salir a una muchacha muy mal vestida, con el aspecto de una campesina más que el de una señorita.

Cuando las dos hermanas regresaron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido y si había estado presente la hermosa princesa. Ellas respondieron que sí, y añadieron que, justo al llegar la medianoche, la joven había salido

corriendo tan deprisa que había perdido una de sus zapatillas de cristal, la más linda que jamás se haya visto.
También contaron que el hijo del rey la había recogido y que, desde ese momento hasta el final del baile, no había hecho otra cosa más que mirar la zapatilla, lo que dejaba claro que estaba enamorado de la dueña de aquel pequeño y delicado calzado.
Y no mentían, porque pocos días después el hijo del rey mandó anunciar, a son de trompeta, que se casaría con la joven a quien le calzara exactamente la zapatilla de cristal.
Se empezó probándola a las princesas, luego a las duquesas, y más tarde a todas las señoritas de la corte.
Finalmente, llevaron la zapatilla a casa de las dos hermanas, quienes hicieron hasta lo imposible para que su pie entrara en ella… pero fue en vano.
Cenicienta, que las observaba en silencio, reconoció su zapatilla y dijo sonriendo:
—Déjenme probar, tal vez mi pie entre en ella —dijo Cenicienta.
Sus hermanas soltaron una carcajada y comenzaron a burlarse de ella. Pero el caballero encargado de probar la zapatilla la miró con atención, notó su belleza y dijo que su petición era razonable, ya que tenía órdenes de probar la zapatilla a todas las jóvenes, sin excepción.
La hizo sentar, y al acercar la zapatilla a su pequeño pie, vio que encajaba sin la menor dificultad, como si hubiera sido moldeada en cera.

El asombro de las dos hermanas fue enorme… y aún mayor cuando Cenicienta sacó del bolsillo la otra zapatilla de cristal y se la calzó en el otro pie.
Justo en ese momento apareció su madrina, quien, tocando con su varita los vestidos de Cenicienta, los transformó en un traje aún más deslumbrante que los que había llevado al baile.
Entonces las dos hermanas reconocieron en ella a la joven que habían visto en el baile, y se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían hecho sufrir.
Cenicienta las levantó con dulzura y, abrazándolas, les dijo que las perdonaba de corazón, rogándoles que siempre la quisieran como una hermana.
Vestida aún con su traje deslumbrante, fue llevada al palacio del joven príncipe, quien al verla la encontró más hermosa que nunca, y pocos días después se casó con ella.
Cenicienta, tan buena como hermosa, quiso que sus hermanas también tuvieran un destino feliz: las llevó a vivir al palacio y ese mismo día las casó con dos importantes señores de la corte.

Moraleja

Para ganar voluntades,
para abrirse corazones,
más que trajes y tocados
sirve un alma noble y pobre!!

Otra moraleja

No olvidéis que entre las dádivas

❖

de las hadas, la mejor
no es la belleza del rostro,
sino la del corazón!!

Capítulo 7

Riquet el del copete

(Riquet à la houppe)

Cierta reina tuvo un hijo tan feo que durante mucho tiempo se dudó si realmente tenía aspecto humano. Un hada que estuvo presente en su nacimiento aseguró, sin embargo, que sería encantador, porque tendría muchísimo talento. Además, añadió que, gracias al don que acababa de concederle, podría otorgar tanto ingenio como quisiera a la persona que más amara.

Estas palabras consolaron un poco a la reina, que estaba muy afligida por tener un hijo tan horroroso.

En cuanto empezó a hablar, dijo cosas tan ingeniosas y agradables que todos querían oírlo y pasar tiempo con él. Su manera de expresarse era tan encantadora, que rápidamente logró ganarse la simpatía de todos.

Olvidé mencionar que nació con un pequeño mechón de cabello en la cabeza, lo que hizo que se lo conociera como *Riquet el del Copete*, ya que Riquet era el nombre de la familia.

Al cabo de siete u ocho años, la reina de un reino vecino tuvo dos hijas gemelas. La que nació primero era tan hermosa como una estrella, y la alegría de la reina fue tan grande que se temió que enfermara de tanto gozo.

La misma hada que había asistido al nacimiento de Riquet el del Copete estuvo también presente en esta ocasión. Para moderar el entusiasmo de la madre, le advirtió que su hija no tendría talento alguno y sería tan necia como bella.

Aquello mortificó mucho a la reina… y su preocupación aumentó poco después, cuando nació la segunda hija, que era, en todos los sentidos, muy fea.

—No se aflija —le dijo el hada—, pues aunque a esta niña le falte belleza, tendrá otras virtudes. Su inteligencia será tan grande, que nadie notará que no es hermosa.

—Dios lo quiera —respondió la reina—. Pero dime… ¿no hay alguna forma de que la mayor, tan bonita, pueda tener al menos un poco de talento?

—No puedo darle talento —contestó el hada—, pero en cambio puedo darle algo en lo que a belleza se refiere. Y como deseo complacerla, le concedo el don de hacer bello a quien ella quiera embellecer.

A medida que las dos princesas crecían, también lo hacían sus cualidades. Solo se hablaba de la belleza de la mayor y del talento de la menor. Sin embargo, también es cierto que sus defectos se volvían cada vez más notorios: la una era cada día más fea, y la otra, cada vez más torpe y distraída. La mayor respondía con torpezas o no respondía en absoluto; era tan poco hábil que no podía tocar nada sin romperlo, ni beber un vaso de agua sin derramar la mitad sobre sus vestidos.

Aunque la belleza es una cualidad muy apreciada en una joven, hay que reconocer que su hermana tenía una ventaja en todo. Al principio, los cortesanos se acercaban a la más hermosa solo para admirarla; pero pronto se alejaban de ella y se reunían en torno a la menor, deseosos de escuchar las mil cosas ingeniosas que decía.

Así, bastaban quince minutos para que la mayor quedara completamente sola, mientras la otra estaba rodeada de admiradores.
La mayor, aunque algo necia, no dejaba de notar lo que sucedía. Y si no le doliera tanto, habría dado con gusto toda su belleza por tener tan solo una parte del talento de su hermana.
La reina, a pesar de ser una mujer prudente, no podía evitar reprenderla por su falta de juicio… y estos reproches herían profundamente a la pobre princesa.
Un día, la princesa se retiró al bosque para llorar su desgracia. Allí vio acercarse a un hombre de baja estatura, muy feo y de aspecto poco agradable, aunque iba vestido con gran elegancia. Era el joven príncipe Riquet el del Copete, quien se había enamorado de ella al ver sus retratos, que estaban por todas partes, y había abandonado el reino de su padre con la esperanza de verla y hablar con ella.
Al encontrarla sola, se acercó con todo el respeto y delicadeza que pudo mostrar. Luego de saludarla cortésmente, notó que la muchacha estaba sumida en la tristeza, y le dijo:
—No entiendo, señora, cómo puede estar tan afligida una persona tan bella como usted. He conocido a muchas mujeres de atractivas, pero ninguna puede comparársele en hermosura.
—Eso lo dice porque sí —respondió la princesa, sin decir nada más.
—La belleza —continuó Riquet el del Copete— es un don tan valioso que bien puede compensar muchas otras carencias. No entiendo cómo alguien que la posee puede sentirse desgraciada.

—Preferiría —dijo la princesa— ser tan fea como vos y tener talento, antes que ser bonita y tan tonta como soy.
—La mejor señal de inteligencia es pensar que no se tiene —replicó Riquet—. Suele pasar que, cuanto más agudo es el juicio, más duda uno de él.
—No sé si eso es verdad —dijo la princesa—, pero lo único que sé es que soy muy tonta, y eso me causa una pena que me mata.
—Si eso es lo único que le causa tristeza —dijo Riquet el del Copete—, puedo ponerle fin ahora mismo.
—¿Y cómo sería eso? —preguntó la princesa.
—Porque tengo el poder de otorgar talento a la persona que más ame. Y como esa persona es usted, señora, depende de usted misma adquirir talento… con una sola condición: debe casarse conmigo.
La princesa se quedó completamente desconcertada, sin saber qué responder.
—Veo —añadió Riquet— que mi propuesta le incomoda. No me sorprende. Por eso, le concedo un año entero para pensarlo y darme su respuesta.
Era tan tonta la princesa como grande su deseo de dejar de serlo, y temiendo que nunca llegara el final de aquel año que se le había concedido como plazo, aceptó la proposición que se le hacía.
En cuanto hubo prometido a Riquet el del Copete casarse con él al cabo de un año, justo día por día, se sintió completamente transformada, con una agilidad mental

extraordinaria y una facilidad increíble para expresar sus ideas con delicadeza, naturalidad y finura.
Empezó por mantener una conversación larga y sostenida con Riquet el del Copete, quien llegó a pensar que había entregado más talento del que él mismo se había reservado.
Cuando regresó al palacio, la sorpresa fue general. Nadie en la corte sabía cómo explicarse un cambio tan repentino y extraordinario, pues si antes no decía más que tonterías, ahora hablaba con sensatez y una gracia admirable.
La alegría fue enorme. El rey empezó a guiarse por los consejos de su hija, y llegó incluso a convocar al consejo en sus habitaciones para consultarla.
La noticia de su transformación se difundió rápidamente, y todos los príncipes de los reinos vecinos intentaron cortejarla. Casi todos la pidieron en matrimonio, pero ninguno le pareció tener el talento suficiente. Los escuchaba con cortesía, pero no se comprometía con ninguno.
Hasta que apareció un príncipe tan poderoso, tan rico, tan inteligente y tan considerado, que la princesa no pudo evitar sentirse inclinada hacia él.
Su padre lo notó, y le dijo que era libre de elegir a su esposo, que no tenía más que decir el nombre del elegido.
Pero como las personas verdaderamente inteligentes son también las más vacilantes en asuntos de amor, la princesa agradeció al rey su confianza y le pidió un poco de tiempo para reflexionar.
Por casualidad, cierto día fue a pasear por el mismo bosque donde tiempo atrás había encontrado a Riquet el del Copete. Al dirigirse a aquel rincón solitario, lo hizo con la intención de pensar con mayor libertad en lo que debía decidir.

Mientras caminaba, completamente absorta en sus pensamientos, oyó bajo sus pies un ruido sordo, como el que harían varias personas al ir y venir, ocupadas en diversas tareas. Al poner más atención, escuchó claramente que decían:

—Trae esa marmita[5].

—Dame aquella caldera.

—Pon leña en el fuego.

En ese instante, la tierra se abrió a sus pies, y vio una especie de cocina subterránea, enorme, llena de cocineros, marmitones, pinches[6] y todo tipo de ayudantes necesarios para preparar un gran banquete. Apareció entonces una cuadrilla de veinte o treinta cocineros, cada uno con su cucharón en la mano. Fueron a un claro del bosque, se colocaron en torno a una larguísima mesa y comenzaron a trabajar con ritmo, al compás de un canto armonioso. Admirada por aquel espectáculo, la princesa les preguntó para quién estaban preparando semejante festín. El que parecía ser el jefe de los cocineros le respondió:

—Trabajamos para el príncipe Riquet el del Copete, cuyas bodas se celebran mañana.

Su asombro aumentó al oír aquella respuesta. De pronto recordó que hace exactamente un año, día por día, había

[5] *Olla grande, profunda y con tapa, hecha comúnmente de hierro o de metal grueso, usada para cocinar a fuego directo grandes cantidades de comida.*

[6] *Marmitones y pinches son ayudantes de cocina de menor nivel jerárquico.*

prometido casarse con Riquet el del Copete. Y la impresión fue tan grande que por poco se queda paralizada.
El olvido de su promesa se debía a que, cuando la hizo, era una tonta… y al recibir el talento que el propio príncipe le había otorgado, su mente había dejado atrás todas sus antiguas necedades.
Apenas había dado unos treinta pasos más por el bosque, cuando se le presentó Riquet el del Copete, elegantemente vestido y con la compostura que corresponde a un príncipe en vísperas de su boda.
—Cumplo mi palabra con exactitud —le dijo Riquet el del Copete—, y estoy seguro de que usted ha venido aquí a cumplir la suya, y a hacerme el hombre más dichoso del mundo al concederme su mano.
—Le hablaré con franqueza —murmuró ella—: aún no he tomado una decisión al respecto, y me parece que nunca podré tomarla del modo en que usted desea.
—Sus palabras me sorprenden, señora —replicó Riquet el del Copete.
—No me extraña —respondió la princesa—. Y si la persona con la que ahora hablo fuera un hombre tosco, o un necio, estaría en una situación muy difícil. Me diría: una princesa no puede faltar a su palabra, y por tanto, debe casarse conmigo porque me lo ha prometido. Pero como usted es el hombre más sensato y agudo que conozco, estoy segura de que me comprenderá. Sabe bien que, cuando era una tonta, ni siquiera entonces logré decidirme a ser su esposa. ¿Cómo espera que ahora, teniendo el juicio que usted mismo me ha concedido, un juicio que ha afinado aún más mi gusto y mi discernimiento respecto a las personas, tome una decisión que no pude tomar entonces? Si realmente

quería casarse conmigo, no debió quitarme mi necedad… ni darme el ingenio suficiente como para ver todo con tanta claridad.

Riquet respondió:

—Si usted misma admite que un hombre sin talento tendría derecho a reprocharle el incumplimiento de su palabra, ¿cómo quiere que yo, al hablar de la felicidad de toda mi vida, no haga uso de ese mismo derecho? ¿Es razonable que las personas dotadas de ingenio estén en peor situación que las necias? ¿Puede sostener algo así usted, que tiene tanto talento y que tanto deseó tenerlo? Vayamos al punto, si no le incomoda.

—Prescindiendo de mi fealdad, ¿hay algo en mí que ole desagrade? ¿Tiene alguna objeción respecto a mi cuna, a mi inteligencia, a mi carácter o a mis modales?

—No, en absoluto —respondió la princesa—; todo eso me agrada en usted.

—Entonces seré dichoso —dijo Riquet—, porque puede hacerme el hombre más hermoso del mundo.

—¿Y cómo podría hacerlo? —preguntó la princesa.

—Puede hacerlo si me ama lo bastante como para desearlo. Y para que no dude de mis palabras, sepa usted que la misma hada que, el día de mi nacimiento, me concedió el poder de dar talento a quien amara, también le concedió la facultad de dotar de belleza a aquel que ame y desee favorecer con ese don.

—Si es así —exclamó la princesa—, deseo de todo corazón que se convierta en el hombre más bello y simpático. En todo lo que de mí dependa, le concedo ese don.

Apenas pronunció estas palabras, Riquet el del Copete se transformó en el príncipe más apuesto y encantador del mundo.

Hay quienes dicen que no fueron los encantos del hada los que causaron la metamorfosis, sino el poder del amor. Afirman que, al reflexionar la princesa sobre la constancia de su prometido, su inteligencia y las nobles cualidades de su alma, dejó de ver su fealdad exterior. Que aquella joroba le pareció simplemente la postura propia de quien lleva con orgullo cierto aire de importancia, y que en su leve cojera notó un dejo elegante en su manera de andar.

Dicen también que, a pesar de su estrabismo, llegó a encontrar bellos sus ojos, y que la dirección extraña de su mirada no era más que una prueba de la intensidad de su amor. Incluso su nariz, grande y rojiza, le pareció tener un aire marcial, casi heroico.

Sea como fuere, la princesa le prometió allí mismo que se casaría con él, siempre que obtuviera el consentimiento del rey, su padre. Cuando el monarca supo que su hija amaba sinceramente a Riquet el del Copete, de quien ya había oído hablar como de un príncipe de extraordinario talento y gran sensatez, accedió con gusto a la petición.

Al día siguiente se celebró la boda, tal como Riquet el del Copete lo había previsto; y, conforme a las órdenes que había dado con mucha antelación, se realizaron los festejos con todo el esplendor debido.

Moraleja

Puedes decir con certeza

❖

que lo amado es siempre bello,
pues del amor el destello
a todo infunde belleza.
Añade que la hermosura
vale mucho… mas no tanto
como el ingenio: el encanto
más precioso y que más dura!!

Capítulo 8

Pulgarcito

(Le Petit Poucet)

Éranse un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos varones; diez años contaba el mayor y el menor apenas siete. Sorprenderá saber que en tan corto intervalo tantos hijos hubiera tenido el leñador, pero con decir que casi todos fueron gemelos, nada hay que extrañar.

Muy pobre era el matrimonio, y sus siete hijos no hacían sino agravar su miseria, pues ninguno de ellos se hallaba aún en edad de ganarse el sustento. El más pequeño era de complexión delicada, y jamás pronunciaba palabra, lo cual entristecía a sus padres, que tomaban por necedad lo que era muestra de juicio. Era tan diminuto, que al nacer apenas alcanzaba el tamaño de un dedo meñique; por lo cual le llamaron *Pulgarcito*.

El pobre niño cargaba con todo en la casa paterna, y siempre se le hacía responsable de cuanto ocurría, lo cual no impedía que, entre sus hermanos, fuera el más inteligente; y si hablaba poco, en cambio sabía escuchar con atención.

Sucedió entonces que sobrevino un año muy difícil, y el hambre fue tan grande, que el pobre matrimonio resolvió deshacerse de sus hijos. Una noche, mientras los niños dormían y el leñador estaba sentado junto a su esposa, al calor de la lumbre, le dijo con el corazón oprimido:

—¡Ya lo ves! No podemos mantener a nuestros hijos. Y como no puedo soportar verlos morir de hambre aquí mismo,

he resuelto llevarlos mañana al bosque para que se extravíen. Será fácil lograrlo, pues mientras estén ocupados recogiendo leña, podremos alejarnos sin que se den cuenta de nuestra ausencia.

—¡Dios mío! —exclamó la leñadora—. ¿Serías capaz de hacer tal cosa con tus propios hijos?

En vano su esposo le hizo presente la extrema miseria en que se hallaban, pues al principio no hubo forma de convencerla; porque, aunque pobre, era madre. Pero tras meditar cuánto más horrible sería su dolor si llegaba a ver morir de hambre a sus hijos, consintió en lo que su marido le proponía y, llorando, fue a acostarse.

El pequeño oyó todo lo que sus padres dijeron, pues apenas escuchó desde la cama que hablaban de cosas serias, se levantó sin hacer ruido y se deslizó debajo del taburete donde estaban sentados, para escucharlos sin ser visto. Luego volvió a meterse en la cama, aunque no pegó los ojos en toda la noche, ocupado en pensar lo que debía hacer.

Al amanecer se levantó muy temprano, fue a la orilla de un arroyo, llenó los bolsillos de piedrecitas blancas y regresó a su casa sin decir palabra. Poco después salieron todos juntos, y aunque Pulgarcito sabía bien lo que sucedía, nada reveló a sus hermanos.

Entraron en un bosque tan espeso que no se alcanzaba a ver a diez pasos de distancia. El leñador se puso a cortar leña, y sus hijos a recoger ramas secas para hacer haces[7].

Aprovechando que los niños estaban ocupados, los padres se alejaron poco a poco, y en cuanto estuvieron fuera de su

[7] *Grupos o conjuntos de cosas.*

vista, echaron a correr por un sendero apenas visible, dejándolos solos en el bosque.

Al notar los niños que se encontraban solos, comenzaron a gritar y a sollozar con todas sus fuerzas. Pero Pulgarcito no dijo nada al principio, porque sabía bien cómo regresar a casa, pues, mientras iban al bosque, había ido dejando caer a lo largo del camino las piedrecitas blancas que llevaba en el bolsillo.

—No teman hermanos —les dijo—. Nuestros padres nos han abandonado aquí, pero si me siguen los llevaré de vuelta a casa.

Echaron a andar tras él, y los condujo por el mismo sendero que habían seguido al adentrarse en el bosque, guiándose por las piedras que brillaban al reflejo de la luna. Al llegar a la casa, al principio no se atrevieron a entrar; se limitaron a acercar sus cabecitas a la puerta para tratar de oír lo que decían sus padres.

A poco de haber llegado el leñador y su mujer, el señor de la aldea les envió diez escudos que desde hacía mucho tiempo les debía, y que ya no esperaban cobrar. Aquel dinero les devolvió la vida, pues los infelices no tenían qué comer. El leñador envió enseguida a su mujer a la carnicería y, como hacía tantos días que no probaban bocado, compró carne en cantidad triple de lo que hubiera bastado para la cena de dos personas.

Después de haberse hartado, la leñadora dijo:

—¡Dios mío! ¿Dónde estarán nuestros hijos? ¡Con qué apetito comerían lo que ha sobrado! Tú fuiste quien quiso

perderlos, Guillermo, a pesar de que te advertí que lo lamentaríamos. ¡Virgen santa! ¡Tal vez los lobos los hayan devorado! ¡Qué crueldad la tuya al querer deshacerte de tus propios hijos!

El leñador, que sufría tanto como su mujer, acabó por enfadarse, pues ella repitió más de veinte veces que ya le había predicho lo que pasaría, y terminó por amenazarla con pegarle si no se callaba. Su dolor era tan vivo como el de su esposa, pero se agravaba con las continuas recriminaciones. Como tantos otros, apreciaba a las mujeres que dan un buen consejo cuando aún es tiempo, pero no a las que pretenden haberlo dado cuando ya es demasiado tarde.

La leñadora, anegada en llanto, repetía una y otra vez:

—¡Dios mío! ¿Dónde están mis pobres hijos?

Una de esas veces pronunció la leñadora con tanta fuerza sus palabras, que los niños, que estaban arrimaditos a la puerta, las oyeron claramente y comenzaron a gritar todos al mismo tiempo:

—¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí!

La madre corrió a abrir y, abrazándolos con desbordante emoción, exclamó:

—¡Hijos míos, cuánta alegría me da volver a verlos! Deben estar rendidos y muertos de hambre.

»¡Mira cómo estás de sucio, Periquito! Ven, voy a limpiarte.

Periquito era el mayor y el más querido, quizá porque tenía el mismo tono algo rojizo de tez que ella.
Se sentaron a la mesa y comieron con tal apetito, que sus padres no podían apartar los ojos de ellos, contemplándolos con ternura, mientras los pequeños, hablando todos casi a la vez, contaban el espanto que habían pasado en el bosque.
La alegría de los pobres leñadores fue inmensa al ver a sus hijos a salvo, pero aquella dicha no duró más de lo que duraron los diez escudos. Agotado el dinero, volvió la miseria, y con ella la misma tristeza de antes. Decidieron entonces, una vez más, deshacerse de sus hijos, aunque con la resolución de llevarlos esta vez más lejos, para asegurarse de no fallar.
Pero no lograron hablar del asunto con el sigilo suficiente: Pulgarcito los oyó, como la vez anterior, y resolvió tomar sus precauciones. Sin embargo, por más que madrugó para ir a recoger piedrecitas blancas, no pudo llevar a cabo su plan, pues la puerta había sido cerrada con doble vuelta de llave.
Estaba muy preocupado, sin saber qué hacer; pero como su padre les había dado a cada uno un pedazo de pan para el desayuno, pensó que podría reemplazar las piedrecitas dejando caer migas por el camino. Con esta idea, guardó el pan en el bolsillo.
Sus padres los llevaron al lugar más espeso y oscuro del bosque; y una vez allí, los leñadores se alejaron por un sendero muy oculto, sin que los niños lo notaran.
Pulgarcito no sintió gran pena, pues estaba convencido de que podría encontrar fácilmente el camino de regreso siguiendo las migas que había ido dejando. Pero su sorpresa fue amarga al comprobar que no quedaba ni rastro del pan ya que los pájaros del bosque se lo habían comido.

Así estaban los niños sumidos en la mayor aflicción, pues mientras más caminaban, más se adentraban en lo profundo del bosque, perdiéndose por completo. Llegó la noche, y con ella un viento fuerte y helado, cuyos aullidos les llenaron de terror, pues creían oír los rugidos de lobos que venían a devorarlos. El espanto era tal, que no se atrevían ni a hablar ni a volverse a mirar atrás.

Y como si fuera poco, comenzó a llover con violencia; el aguacero los caló hasta los huesos. A cada paso resbalaban y caían en el barro, del cual se levantaban empapados, cubiertos de lodo, y sin saber qué hacer con sus temblorosas manos.

Pulgarcito se encaramó a lo alto de un árbol, deseoso de examinar los alrededores; y, habiendo mirado en todas direcciones, divisó a lo lejos, más allá del bosque, una lucecita semejante a la de una vela. Bajó del árbol, pero al llegar al suelo no logró verla de nuevo, lo cual le llenó de pesar.

No obstante, continuaron caminando, y Pulgarcito, guiándose por la dirección en que había divisado la luz, procuraba orientar a sus hermanos hacia ese punto. Al cabo de un buen trecho, salieron del bosque y volvió a verla brillar en la distancia.

Finalmente llegaron a la casa donde lucía aquella luz, no sin haber experimentado gran temor, pues cada vez que descendían a una hondonada, la perdían de vista.

Llamaron a la puerta, y una buena mujer les abrió, preguntándoles qué deseaban. Pulgarcito le respondió que eran unos pobres niños que se habían extraviado en el bosque, y le rogaban, por caridad, que les diera abrigo por aquella noche.

La mujer, al verlos tan pequeños y tan lindos, se echó a llorar y les dijo:
—¡Ah, pobres niños! ¿Dónde han venido a parar? ¿Saben que esta es la casa de un ogro que se come a los niños?
Al oír estas palabras, Pulgarcito, que, lo mismo que sus hermanos, se puso a temblar como hoja de árbol, exclamó:
—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? Si no quiere darnos acogida en su casa, seguro que los lobos del bosque nos devorarán; y como no podríamos escapar de sus dientes, preferimos que nos coma el ogro, quien tal vez se compadezca de nosotros si vos se lo ruegas.
La mujer, creyendo que podría ocultarlos a su esposo hasta la mañana siguiente, les permitió entrar, y los llevó a calentarse junto a una gran lumbre, donde se estaba asando un carnero para la cena del ogro.
Apenas empezaban a sentir calor, resonaron tres o cuatro golpes fuertes en la puerta, era su marido que regresaba.
Su mujer hizo esconder a los niños bajo la cama y fue a abrirle. Lo primero que preguntó el ogro fue si la cena estaba servida y si había vino; luego se sentó a la mesa. El carnero estaba aún a medio asar, pero esto lo hizo más apetitoso a sus ojos.
De pronto comenzó a olfatear de un lado y otro, y dijo con voz cavernosa:
—Aquí huele a carne fresca.
—Hueles la ternera que he preparado —le dijo su mujer.

—¡Huelo carne fresca, huelo carne fresca! —repitió el ogro, mirando de través a su esposa—. Hay en esta casa algo que no veo.

Y al decir estas palabras se levantó de la mesa y se dirigió hacia la cama.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Querías engañarme, mujer maldita! No sé por qué no te como también a ti... pero te salva el estar tan dura. Con estos niños tengo carne fresca para agasajar a tres ogros amigos míos que deben venir a visitarme uno de estos días.

Los sacó de debajo de la cama uno tras otro, y las pobres criaturas se arrodillaron, pidiéndole perdón; pero trataban con el más cruel de los ogros, quien, lejos de compadecerse, ya los devoraba con la mirada y decía a su mujer que serían un manjar exquisito una vez aderezados con buena salsa.

Fue a buscar un gran cuchillo y se acercó de nuevo a los niños, afilándolo contra una larga piedra que sostenía con la mano izquierda. Ya tenía uno asido por el brazo, cuando su mujer le dijo:

—¿Qué quieres hacer a esta hora? —le dijo su mujer—. ¿No quedará tiempo mañana?

—¡Cállate! —gritó su marido—. Si espero a mañana, peor para ellos, pues pasarán una noche de terror.

—Se te echaría a perder tanta carne —replicó la mujer—, ya tienes una ternera, dos carneros y la mitad de un cerdo.

—Es verdad —dijo—. Dales una buena cena para que no enflaquezcan, y llévalos a la cama.

Llena de alivio, la buena mujer les sirvió de cenar, pero el espanto era tan grande que los niños no pudieron probar bocado. El ogro, por su parte, volvió a sentarse a la mesa y siguió bebiendo; muy satisfecho de tener carne fresca con que agasajar a sus amigos, se apuró una docena de vasos más que de costumbre. El exceso le alegró tanto que no tardó en irse a acostar.

El grotesco ser tenía siete hijas pequeñas. Las ogras eran de un color muy vivo, pues se alimentaban únicamente de carne fresca, como su padre. Tenían los ojos grises y redondos, la nariz encorvada, la boca grande y unos dientes muy agudos y separados. Aún no eran completamente malas, pero prometían serlo, pues ya mordían a los niños para chuparles la sangre.

Las habían acostado temprano, y las siete dormían en una cama muy ancha, cada una con una corona de oro en la cabeza. En el mismo cuarto había otra cama, tan grande como la primera, y en ella la mujer acostó a los niños. Luego se fue a dormir.

Pulgarcito había notado que las hijas del ogro llevaban coronas de oro, y temiendo que su padre no se arrepintiese de haberles perdonado la vida, se levantó hacia la medianoche. Tomó los gorros de dormir de sus hermanos y el suyo, y, acercándose de puntillas a la cama de las niñas, con sumo cuidado les colocó los gorros en la cabeza, quitándoles antes las coronas de oro, que puso en las cabezas de sus hermanos y en la suya. Así, el padre los confundiría con sus hijas, y tomaría a éstas por los niños que pensaba degollar.

El plan dio resultado. El ogro se despertó a eso de la medianoche, arrepentido de no haber ejecutado su propósito

la noche anterior. Saltó bruscamente de la cama, empuñó su cuchilla y se dijo:

—Vamos a ver cómo están esos chiquillos y acabemos de una vez con ellos

Subió a tientas al dormitorio de sus hijas y se acercó a la cama donde estaban los niños, que dormían todos, excepción hecha de Pulgarcito; y por cierto que grande fue su miedo cuando el Ogro le tocó la cabeza, después de haber hecho lo mismo con sus hermanos. Al palpar las coronas de oro, se dijo:

—Iba a cometer una barbaridad. Me convenzo de que ayer bebí más de la cuenta.

Fue entonces hacia la otra cama, y al tocar los gorros de dormir, murmuró:

—¡Ah, ah, ah! Aquí están los chiquillos. Vamos a la obra.

Y al decir esto, degolló sin vacilar a sus siete hijas. Luego, muy satisfecho, volvió a acostarse.

En cuanto Pulgarcito oyó los ronquidos, despertó a sus hermanos y les dijo que se vistieran sin perder un instante y le siguieran. Bajaron sin hacer ruido al jardín, saltaron la tapia y echaron a correr durante toda la noche, temblando de miedo y sin saber a dónde se dirigían.

Al despertar, el Ogro dijo a su mujer:

—Ve a arreglar a los chiquillos de anoche.

Mucho le sorprendió a la ogra aquel súbito arranque de ternura, sin imaginar lo que su marido entendía por "arreglarlos". Creyendo de buena fe que se trataba de vestirles, fue al cuarto... y allí vio a sus siete hijas degolladas, tendidas en un charco de sangre.

El espanto fue tal que cayó desvanecida. Como tardaba en volver, el ogro subió para averiguar qué pasaba, y su asombro no fue menor que el de su mujer al contemplar el horror del cuarto.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —rugía—. ¡Me la pagarán! ¡Me la pagarán esos malditos!

Roció con agua el rostro de su mujer, que volvió en sí, y le gritó:

—¡Dame mis botas de siete leguas, que voy a atraparlos ahora mismo!

Salió de su casa y, después de haber corrido mucho en todas direcciones buscando a los niños, acabó tomando el mismo camino que seguían los hijos del leñador, quienes ya se encontraban a poco más de cien pasos de la casa paterna. Lo vieron pasar de una montaña a otra y cruzar los ríos con tanta facilidad como si se tratara de simples arroyos. Pulgarcito advirtió que cerca había una roca hueca; escondió en ella a sus hermanos y luego se metió también, sin apartar la vista del ogro, atento a todos sus movimientos. Este, rendido por la caminata, pues hay que saber que las botas de siete leguas cansan enormemente a quienes las

usan, decidió descansar y, por casualidad, se sentó justo sobre la misma roca donde se ocultaban los siete niños.
Estaba tan exhausto que no tardó en quedarse dormido, roncando con tal estrépito que el miedo de las pobres criaturas fue tan grande como cuando vieron al ser empuñar su cuchilla. Pero Pulgarcito no perdió la calma y dijo a sus hermanos que huyeran de inmediato y corrieran a refugiarse en casa, mientras el otro dormía profundamente.
Siguieron su consejo, y en poco tiempo ya estaban junto a sus padres.
Pulgarcito se acercó sin despertarlo, le quitó con cuidado las botas y se las calzó. Eran muy grandes y anchas, pero como estaban encantadas, tenían el don de ajustarse al tamaño de quien las usaba, ensanchándose o estrechándose según fuera necesario. Así, le quedaron tan bien como si hubieran sido hechas a su medida.
Una vez con las botas puestas, se dirigió a la corte, donde sabía que reinaba gran inquietud por la falta de noticias de un ejército que estaba a doscientas leguas de distancia, y de la batalla que ya se había librado. Pulgarcito se presentó ante el rey y le dijo que, si lo deseaba, él mismo podría llevarle noticias del ejército antes de terminar el día.
El rey, impresionado, le prometió una generosa recompensa si cumplía lo que prometía. Pulgarcito lo hizo, pues esa misma noche regresó con noticias precisas, y el rey supo todo lo que quería saber acerca de sus tropas.
Tan bien desempeñó su labor de correo que pronto ganó cuanto quiso, pues el rey le pagó con generosidad por llevar órdenes al ejército, y todos en la corte que necesitaban noticias de parientes o conocidos ausentes recurrieron a él, recompensándolo abundantemente.

Después de haber servido durante algún tiempo como correo real y haber reunido una considerable suma de dinero, volvió a casa de sus padres, cuya alegría al verlo fue indescriptible. Pulgarcito se encargó de que su familia viviera con holgura: consiguió buenos empleos para su padre y sus hermanos, y la miseria desapareció por completo del hogar, reinando en él la dicha, gracias a aquel niño que antes fue el más desdeñado.

Moraleja

No os amilanen las penas,
que los días buenos vienen
tras los días de tristeza.
Para cerrar este cuento
y completar la moraleja,

os diré que Pulgarcito,
que fue objeto de la burla
por su estatura pequeña
y su carácter callado,
libró a toda su familia
de caer en la miseria
y salvó a sus hermanitos
del Ogro y de su cuchilla.
No os burléis jamás de nadie,
que muchas veces encierra
un cuerpo débil y humilde
un alma grande y entera!!

Capítulo 9

Grisélida

(La Marquise de Salusses ou La Patience de Griselidis)

No lejos de los Alpes vivía un príncipe joven y valiente, en quien la naturaleza parecía haber volcado todos sus dones, y que era muy estimado por todos. Su formación era refinada, su valor en el campo de batalla le había dado fama merecida, y su gusto por las Bellas Artes era notable. Como hombre de elevados ideales, deseaba emprender grandes empresas y alcanzar todo aquello que puede hacer digno a un príncipe de ocupar un lugar privilegiado en las páginas de la historia. Esta distinción se propuso merecerla dedicándose con firmeza a labrar la felicidad de su pueblo, considerando que esa gloria era más sólida que la que se conquista con la espada.

Sin embargo, el príncipe tenía un defecto, cosa nada rara, pues la perfección es difícil, si no imposible: estaba obsesionado con una sola idea, una especie de manía contra las mujeres, a quienes no veía sino como símbolo de engaño y perfidia. Tal prejuicio, vulgar y necio, no deja de alcanzar incluso a los más poderosos de la tierra. Bajo el dominio de esa idea, había decidido no casarse, lo cual causaba gran desagrado entre sus súbditos, aunque por lo demás estaban satisfechos con su gobierno: pasaba las mañanas atendiendo los asuntos del Estado, impartiendo justicia con rectitud, protegiendo a los débiles, a las viudas y a los huérfanos, y aliviando las cargas fiscales.

Las tardes las dedicaba a la caza.
Preocupados sus súbditos por la posibilidad de que, al morir tan buen príncipe, el trono quedara sin heredero, decidieron enviar una delegación para rogarle que se casara. Se eligió al mejor orador del reino para que pronunciara el discurso. Este pasó varios días preparando con esmero lo que debía decir, y finalmente, en presencia de los comisionados, expuso su discurso con solemnidad, diciéndole en resumen que la felicidad del Estado exigía que contrajera matrimonio.
El príncipe respondió:
—Sus palabras reflejan el aprecio que me tienen, y deseo complacerlos; pero deben considerar que el matrimonio es un asunto delicado. Muchas jóvenes que parecen modestas, recatadas y virtuosas en casa de sus padres, se transforman por completo tras el matrimonio: lo que antes eran cualidades se vuelven defectos. La ingenua se vuelve coqueta, la prudente se convierte en escandalosa, la alegría del hogar paterno se transforma en tormento del hogar conyugal; la ahorrativa se vuelve derrochadora, la modesta se torna mandona, y quien no se atrevía a levantar la voz en su casa, pretende gobernarlo todo en la de su esposo.
»Me espantan tales cambios. Sin embargo, como deseo complacer al pueblo, busquen una joven hermosa, sin orgullo ni vanidad, obediente, que no tenga más voluntad que la de su marido, y cuando la encuentren, será mi esposa.
Dada la respuesta, el príncipe montó a caballo y, al galope, se dirigió en busca de su jauría, que se había adelantado y lo aguardaba en la llanura. Apenas llegó, soltaron los perros, resonaron las trompetas y comenzó la cacería. El príncipe fue el más fervoroso de todos, y con tanto ímpetu se lanzó tras la

presa que pronto se alejó de su comitiva. Al detener por fin a su caballo, cubierto de sudor tras una vertiginosa carrera, se dio cuenta de que estaba solo y que ya no se oían ni los ladridos de los perros ni el eco de las trompetas.
Se hallaba en un paraje encantador, donde los arroyuelos murmuraban, las flores del prado perfumaban el aire y los verdes árboles ofrecían una sombra fresca y apacible. Mientras contemplaba extasiado tanta belleza, apareció ante sus ojos una joven, cuya visión le produjo tal efecto que creyó que no eran sus ojos los que la veían, sino su corazón.
Era una pastora que cuidaba su rebaño y, al mismo tiempo, hilaba sentada junto al arroyo. Su piel era blanca, sus mejillas recordaban el color de las rosas, sus labios el de los claveles, sus ojos reflejaban el azul del cielo, y su mirada tenía el fulgor sereno de las estrellas.
El príncipe no se cansaba de mirarla. Se acercó, y al oír el ruido, la joven alzó la cabeza. Al verlo, su rostro se tiñó de tal manera, que al príncipe le pareció que la aurora había vuelto a surgir por segunda vez en ese día. Bajo aquel rubor descubrió una sencillez, una dulzura y una sinceridad que jamás creyó posibles en el sexo femenino. Dominado por una emoción desconocida hasta entonces para él, se acercó con timidez y le dijo:
—He perdido de vista a mis compañeros. ¿Podrías decirme si la cacería ha pasado por aquí?
—No, señor —respondió la joven—; pero puedo mostrarle un sendero que le llevará de nuevo junto a sus amigos.
—Gracias, hermosa joven —añadió el príncipe—. He recorrido muchas veces estos parajes, pero hasta hoy no había visto lo más bello que esconden.

Mientras decía estas palabras, se inclinó para beber del arroyo y saciar la intensa sed que lo consumía.
—Espere un instante —dijo ella.
Saltando como un jilguero, fue hasta su cabaña y regresó con una sonrisa en los labios, ofreciendo al príncipe un vaso que, aunque de barro, le pareció más valioso que los de oro y plata. Después de beber, la pastora le mostró el camino a través del bosque, y el príncipe, sin perder detalle del sendero que seguían, guardaba en su memoria cada paso, deseoso de volver a ver a la joven.
Finalmente divisaron la llanura y, a lo lejos, el palacio del príncipe. Él se despidió de la pastora con cierta tristeza, y pensando en ella, caminó lentamente de regreso a su suntuosa morada. Llevaba tan grabada su imagen en el corazón, que al día siguiente salió de nuevo a cazar más temprano que de costumbre; y guiado por sus recuerdos, encontró el arroyo, el rebaño y a la pastora.
Entabló conversación con ella y supo que era huérfana de madre, y que vivía con su padre. Se llamaba *Grisélida*. Se alimentaban de los frutos de la tierra y de la leche de sus ovejas, cuya lana ella misma hilaba, tejiendo sus propios vestidos sin recurrir jamás a la ciudad.
A medida que la escuchaba, el fuego del amor se avivaba más y más en el corazón del príncipe, pues descubría en la pastora una belleza del alma aún mayor que la de su rostro. Se despidió de ella con pesar, y al llegar a su palacio mandó reunir a su consejo y les dijo:

—Mi pueblo desea que tome esposa, y yo, deseoso de complacerle, he buscado a la mujer que ha de compartir conmigo el trono. Ya la he hallado: es hermosa, prudente y virtuosa. Al elegirla dentro de este mismo país, he seguido el ejemplo de muchos de mis antecesores. No les diré quién es la elegida hasta el día de la boda.

La noticia se esparció con tal rapidez, que pronto no hubo quien no la supiera. La alegría fue general, y mayor aún la del orador que había aconsejado el matrimonio al príncipe, pues se atribuía enteramente el mérito de la decisión.

Cada joven creyó ser la afortunada, y todas se esmeraron en su arreglo: se vistieron con esmero, hablaron con afectada dulzura y se peinaron con minucioso cuidado. Comenzaron los preparativos para las celebraciones públicas: se alzaron arcos, se construyeron carros triunfales adornados, se prepararon castillos para fuegos artificiales y se anunciaron funciones gratuitas.

Por fin llegó el tan esperado día de la boda, y antes de que amaneciera ya todos estaban despiertos, especialmente las jóvenes casaderas, que aguardaban con impaciencia al mensajero encargado de anunciar el nombre de la elegida. El pueblo se lanzó a las calles, donde los soldados mantenían el orden. En el palacio resonaban músicas, clarines y tambores, hasta que, por fin, apareció el príncipe rodeado de su corte, siendo recibido con entusiastas aclamaciones.

Todos lo siguieron con la mirada, y la sorpresa fue general al verle salir de la ciudad y dirigirse hacia el bosque cercano, como solía hacerlo cada día. La alegría se tornó en desencanto, el pueblo creyó que, cegado por su pasión por la caza, el príncipe había olvidado la boda.

La sorpresa entre los cortesanos no fue menor, y aumentó aún más cuando vieron al príncipe internarse en lo más profundo del bosque. Al llegar frente a la cabaña de la pastora, se detuvo. Justo en ese momento, salía Grisélida vestida con un traje nuevo, pues también a ella había llegado la noticia del casamiento y deseaba ir a la ciudad para presenciar los festejos.

—¿Adónde vas? —le preguntó el príncipe con tono amoroso y dulce, mirándola con ternura—. No te apresures, pues la boda no puede celebrarse sin ti. Yo soy el príncipe, y entre todas las bellezas de este reino, te he elegido para compartir conmigo el resto de mis días… si mi corazón halla correspondencia en el tuyo.

Llena de asombro y dominada por la emoción, la pastora apenas pudo balbucear:

—¡Ah, señor! ¿Cómo podría creer que es cierto lo que dice, si no soy más que una humilde campesina?

—Pero reinas en mi corazón —replicó él—. Tu padre, a quien he hablado, consiente en que seas mi esposa, y para que la boda se celebre solo falta tu consentimiento. Deseo que reine la paz en mi hogar, y por eso te pido que jures nunca tener otra voluntad que la mía.

—Lo prometo y lo juro —respondió ella—. Aun si me hubiera casado con el más pobre aldeano, su yugo me sería dulce, y le obedecería en todo. ¡Cuánto mayor será entonces mi obediencia si hallo en usted a mi señor y a mi esposo!

La corte aplaudió la elección. Las damas que formaban parte de la comitiva entraron con Grisélida en la cabaña y le

colocaron los vestidos propios de una novia real; todas se esmeraron en su tarea, mientras admiraban el orden y la limpieza de aquella humilde morada, resguardada a la sombra de un plátano y que, pese a su sencillez, parecía un lugar lleno de encantos.

Cuando Grisélida apareció, todos le aplaudieron, maravillados por la nobleza que el traje real daba a su hermosura; aunque el príncipe, en su interior, casi habría preferido verla otra vez con sus sencillos vestidos de pastora. Los novios tomaron asiento en un magnífico carro de oro y marfil, y el príncipe se mostró más orgulloso al lado de Grisélida que cuando regresaba victorioso de alguna batalla. Seguidos por la corte, emprendieron el camino de regreso; y antes de llegar a la ciudad, encontraron a todos los habitantes que habían salido a la llanura, impacientes por verlos. El carro avanzaba con dificultad entre la multitud, que al paso de los novios se unía a la comitiva, formando un cortejo entusiasta, entre incesantes aclamaciones tan estruendosas que por momentos llegaron a asustar a los caballos.

Celebrada la boda, regresaron al palacio y comenzaron los festejos, tan espléndidos que no se tenía memoria de otros semejantes. Grisélida, rodeada de sus damas, hablaba sin altanería, pero con la natural dignidad de quien ha nacido para reinar; y en todo mostró tal discreción, que no hubo persona que no quedara admirada. Ajustó sus modales a los usos de la corte, procuró conocer el carácter de cuantos la rodeaban y, al poco tiempo, los gobernaba con la misma facilidad con que antes guiaba su rebaño.

Antes de cumplirse un año, el cielo bendijo su unión con el nacimiento de una princesa. Aunque sus padres hubiesen

preferido un varón, tantos eran los encantos de la niña que depositaron en ella todo su afecto. El príncipe no se cansaba de contemplarla, y la madre no apartaba de ella la mirada. Grisélida quiso ser su nodriza, afirmando que nadie como ella sabría criar a su hija.

Pero ya fuese que su amor se hubiese enfriado, o que se reavivara en su espíritu aquella antigua desconfianza hacia las mujeres, el príncipe empezó a dudar de la sinceridad de las palabras y acciones de su esposa. Primero la observó, luego la vigiló, más tarde comenzó a contrariarla; y acabó por mostrarse tan severo, que no le permitió salir del palacio ni tomar parte en los placeres de la corte.

Como si aquello no bastara, la confinó en sus aposentos, mostrándose desconfiado hasta de la luz del día, que solo consintió entrara a medias. Por último, le pidió con rudeza que le devolviera todas las joyas que, como prueba de amor, le había entregado el día de su boda, para que no realzara con adornos su natural hermosura. Grisélida se las entregó con la misma serenidad con que las había recibido, pues pensó que entonces, como ahora, complacía a su esposo, cuya voluntad debía ser también la suya.

—Mi esposo y señor —se dijo para sí— me mortifica para ponerme a prueba, y hace bien, porque en medio de la dicha podría debilitarse mi virtud. Y si este no fuera su propósito, bendito sea Dios que prueba mi constancia y mi fe, pues a su suprema bondad debo que, por medio de tantas penas, quiera corregir mis defectos.

»¡Bendito sea este rigor, que aunque me cause dolor, es provechoso! ¡Y bendita sea la bondad del Padre celestial y la mano que Él emplea para mi salvación!

A pesar de que Grisélida obedecía sin replicar todas las órdenes del príncipe, éste se decía:

—Su virtud es fingida, y esa resignación suya es pura apariencia. Aún no he tocado lo que más ama. Su hija ha de vencerla.

Entró entonces en la cámara, y la encontró jugando con la pequeña princesa después de haberla amamantado.

—La amas demasiado —murmuró el príncipe—, pero es preciso que te separes de ella. Quiero que desde su infancia se formen sus costumbres con esmero, y además, alejarla de ciertos defectos que podría adquirir si permanece a tu lado.

»La fortuna ha querido que hallara una dama instruida, capaz de cultivar su alma con todas las virtudes y darle la educación que merece una hija de rey. Así que prepárate, porque pronto vendrán a buscarla.

Dicho esto, el príncipe salió de la estancia; no tuvo el corazón bastante duro para presenciar el cumplimiento de su orden ni para ver cómo se le arrancaba a Grisélida la única prenda de su amor. Ella, sola, llorando y abatida, esperó el momento fatal. Cuando apareció la persona encargada de cumplir el mandato, la pobre madre murmuró con voz apenas audible:

—Es necesario obedecer.

Abrazó a su hija; pareció querer devorarla con la mirada, la besó con la efusión del cariño maternal, y llorando a mares se separó de ella.
Cerca de la ciudad había un monasterio célebre por su antigüedad, habitado por monjas sometidas a una regla austera y gobernadas por una abadesa ilustre por su piedad. Allí fue llevada la niña, sin revelar ni su nombre ni su linaje; aunque algunas joyas valiosas que llevaba daban a entender que los cuidados que recibiera no quedarían sin recompensa.
El príncipe, buscando acallar la voz de su conciencia, que le acusaba de crueldad, se entregó con más fervor que nunca a los violentos ejercicios de la caza. Cuando finalmente volvió a presentarse ante su esposa, lo hizo con el temor de quien se halla ante una fiera a la que ha arrebatado sus crías. Pero Grisélida le recibió con la misma dulzura, con la ternura serena de siempre, y le ofreció una sonrisa tan apacible como en los mejores días de su dicha.
Tal proceder le conmovió, pero fue más fuerte en él la desconfianza. Dos días después, queriendo someter a su esposa a una prueba aún más cruel, le dijo con fingida tristeza que su hija había muerto.
Tan profundo fue el efecto que causó en Grisélida la terrible noticia, que por un instante el príncipe sintió un impulso vehemente de confesarle que era falsa. Pero, como siempre, la desconfianza dominó sobre el noble impulso de su corazón, y calló. La infeliz princesa, procurando sobreponerse al dolor, se esforzó en mostrarse aún más afectuosa y constante en su amor hacia su esposo.
Pasaron quince años sin que nada alterara la paz aparente en que vivían. Ambos se mostraban atentos y cariñosos; y si el príncipe alguna vez contrariaba a su esposa, era sólo para luego redoblar las muestras de afecto. Durante ese tiempo

creció la hija de ambos, convertida en una joven de singular hermosura, de carácter dulce, reflexivo y sincero, verdadero retrato de su madre, a cuyas virtudes sumaba la nobleza y dignidad de su padre.

Fue vista un día por un joven cortesano de alto linaje, quien, a pesar de su noble cuna, se sintió sobrecogido por la belleza y gracia de la joven, y se enamoró perdidamente. La princesa, a su vez, adivinó ese amor y, con el tiempo, también sintió en su pecho la llama del afecto.

Por un azar del destino, el príncipe había puesto ya los ojos en aquel joven y deseaba unirlo en matrimonio con su hija. Pero, fiel a su hábito de desconfiar de todos, incluso de los más cercanos, quiso antes poner a prueba su carácter… y con ese propósito ideó una singular estratagema:

—Quiero hacerlos dichosos casándolos —dijo el príncipe —, pero antes es necesario que la zozobra y el temor les hagan apreciar en todo su valor la felicidad que les espera. Y exaltaré, no como antes a causa de mi loca desconfianza, sino por puro reconocimiento, a la paciencia de mi esposa, probada como piedra de toque[8] en medio del sufrimiento, pues ya no me es posible dudar de su amor, sino para que su bondad, su dulzura, su admirable prudencia brillen ante los ojos del mundo entero, y todos la respeten al contemplar sus nobles y extraordinarias cualidades.

De inmediato, anunció a la corte que, habiendo muerto la hija nacida de su matrimonio, el cual calificó de imprudente, y al no contar con sucesión legítima, había resuelto tomar

[8] Piedra de jaspe negro u otro material que se usaba para probar la pureza del oro mediante frotación.

nueva esposa, esta vez de ilustre cuna, para asegurar la continuidad del trono. Añadió que la futura princesa había sido educada en un convento, en el más completo recogimiento.

La noticia fue un golpe devastador para los jóvenes amantes.

El príncipe, manteniendo su decisión, se presentó ante Grisélida y le dijo que debían separarse, para evitar males mayores. Argumentó que el pueblo, escandalizado por su origen humilde, le exigía una alianza más digna de su rango.

—Debes —añadió con frialdad— regresar a tu cabaña, y para ello deberás vestir las ropas de pastora que he hecho preparar para ti.

La princesa escuchó su sentencia procurando mostrarse resignada y sin pronunciar queja alguna; y aunque hizo grandes esfuerzos por mantener la calma en el rostro, no pudo impedir que gruesas lágrimas rodaran por sus mejillas.

—Es usted mi esposo y mi señor —le dijo con un suspiro, casi a punto de desfallecer—, y por terribles que sean sus palabras, debo mostrarle que nada me importa tanto como la obediencia cuando se trata de cumplir órdenes suyas.

De inmediato se retiró a sus aposentos y, despojándose de sus ricos vestidos, con el rostro sereno y sin murmurar, volvió a ponerse el de pastora. Luego se presentó ante el príncipe y dijo:

—No puedo apartarme de su lado sin antes pedirle perdón por no haber sabido colmar todas vuestras expectativas. No me asusta la miseria, pero no logro acostumbrarme a la idea

de haber perdido su aprecio.
»Perdóneme, y viviré tranquila en mi humilde cabaña, sin que jamás se debiliten el respeto y el cariño que siento por usted.
Tanta sumisión y grandeza de alma, reveladas bajo un vestido humilde, impresionaron hondamente al príncipe, quien sintió renacer en su pecho el mismo amor ardiente de los primeros días. Dio un paso hacia Grisélida, con intención de abrazarla, pero se contuvo, decidido a no ceder hasta el último momento. Y con voz áspera, respondió:
—He olvidado lo pasado. No me disgusta tu arrepentimiento. Puedes irte.
Grisélida se marchó, apoyada en el brazo de su padre, quien también había vuelto a vestir sus ropas sencillas, derramando ambos, en silencio, amargas lágrimas.
—Volvamos a nuestra cabaña —dijo Grisélida—, y dejemos sin pena el lujo de los palacios. Nuestra morada no tendrá tanta magnificencia, pero nos ofrecerá paz y tranquilidad.
Apenas hubo regresado a la casita donde nació, retomó sus labores: hilaba, cuidaba del rebaño, y se sentaba a la orilla del arroyo donde el príncipe la había visto por primera vez. Con frecuencia alzaba los ojos al cielo, pidiendo que colmara de felicidad, riqueza y gloria a su esposo.
El príncipe, al verla así, mandó llamarla y le dijo:
—Grisélida —dijo el príncipe—, deseo que la princesa con quien voy a casarme esté contenta contigo y conmigo.

Mañana es la boda, y te ordeno que me ayudes para que nada empañe su alegría. Debe saber cuáles son mis deseos, para poder complacerme. Prepararás sus aposentos, recordando que se trata de una joven princesa a la que amo profundamente. Y para que entiendas que es digna de mi amor, quiero que la admires.

Grisélida vio a la joven, y le pareció estar viendo la aurora. Sintió en su corazón una dulzura inexplicable. Al contemplar aquel rostro hermoso, recordó los días felices que ya habían pasado y murmuró:

—Si mi hija no hubiera muerto, sería tan bella como ella y tendría su edad.

Ese recuerdo de madre despertó en su pecho un amor tan profundo por la joven, que le dijo al príncipe con emoción:

—Permítame, señor, advertirle que esta encantadora princesa, criada entre lujos, no podrá vivir a su lado como yo lo he hecho, sin que la muerte acabe con su dicha. Yo nací en cuna humilde y lo soporté todo; pero una sola palabra áspera bastaría para matarla.

—Ocúpate de lo que te corresponde —le respondió el príncipe con aspereza— y cumple mis órdenes. No permitiré que una pastora me recuerde mis deberes.

A estas palabras, Grisélida bajó la mirada sin decir una sola palabra.

La corte fue invitada a la boda. Todas las damas y todos los caballeros se reunieron en un gran salón. Entonces, el príncipe se presentó ante ellos y dijo:

—Muy engañadora es la esperanza, pero más aún lo es la apariencia —dijo el príncipe—, y quien lo dude pronto se convencerá de cuán cierto es lo que digo. Todos creen que el corazón de la joven princesa que va a casarse rebosa de alegría. Apariencia engañosa. Piensan que este joven, valiente en la guerra y de noble linaje, contempla con orgullo la boda de su príncipe. Otra apariencia engañosa. Suponen que Grisélida, en este mismo momento, llora abatida por la desesperación. También se engañan, pues Grisélida inclina la cabeza ante la voluntad de su señor, y nada ha podido agotar su paciencia.

»Y aún hay más: todos están convencidos de que esta boda será la culminación de mi dicha. Otra ilusión, otra apariencia engañosa. El enigma puede parecerles difícil, pero muy pronto lo entenderán.

»Sepan que esta encantadora princesa es mi hija, y la entrego en matrimonio al joven caballero que la ama con todo su corazón, y cuyo amor ella comparte. Sepan también que, conmovido por la paciencia y el cariño de la esposa fiel a quien desterré de este palacio sin compasión, hoy le abro los brazos y el corazón, con el propósito de que olvide, con mi ternura, todas las penas que le causó mi carácter desconfiado.

»Y si con esmero me dediqué a contrariarla, sometiéndola a duras y constantes pruebas, aún mayor será ahora mi empeño por hacerla feliz. Si las generaciones futuras recuerdan sus sufrimientos, que nunca vencieron su espíritu, también habrán de recordar su virtud.

Estas palabras devolvieron la alegría a varios rostros que hasta entonces estaban cubiertos por la tristeza. La joven princesa, fuera de sí de felicidad al saber quién era su padre, se arrojó a sus pies; pero el príncipe la hizo levantarse, la abrazó con ternura, la colmó de besos y la condujo junto a su madre, quien creyó morir de alegría. Aquel corazón, que no se había rendido ante tanto dolor, apenas pudo soportar el júbilo extremo de ver viva a su hija querida, a quien no había dejado de llorar, creyéndola muerta.

—Tendrás tiempo —le dijo el príncipe— para desahogar todos los sentimientos de tu alma. Por ahora, ponte los vestidos que corresponden a tu rango, y vayamos a celebrar la boda de nuestra hija.

El matrimonio de los jóvenes se celebró de inmediato, y las fiestas que siguieron fueron cada vez más espléndidas. En la ciudad y en la corte no se hablaba de otra cosa durante mucho tiempo: todos alababan la paciencia y la virtud de Grisélida, quien, sin flaquear, había resistido las pruebas más duras, ganándose así la admiración y el respeto de todos.

Moraleja

En el curso de la vida,
la virtud y la paciencia
sufren duros embates
que las ponen a prueba.
Y si logran salir ilesas
de tales tempestades,
mayor será su mérito
cuanto más dura fue la prueba!!

Capítulo 10

Los deseos ridículos

(Les Souhaits ridicules)

Había una vez un pobre leñador, tan cansado de su vida que, según se cuenta, deseaba morirse, pues ninguno de los sueños agradables que había albergado se le había cumplido. Un día fue al bosque y, como era su costumbre, empezó a quejarse de su mala suerte, cuando de pronto se le apareció Júpiter con un rayo en la mano. El leñador se asustó tanto que se arrojó al suelo y murmuró:

—No quiero nada… no deseo nada…

—No temas —le dijo Júpiter—. Tus quejas han sido tantas, que he venido a demostrarte cuán infundadas son. Recuerda bien lo que voy a decirte: los tres primeros deseos que pidas, sean los que sean, se cumplirán. Piensa con cuidado qué puede hacerte feliz y dejarte completamente satisfecho. Tu felicidad depende solo de ti, así que reflexiona bien antes de hablar.

Apenas pronunció estas palabras, Júpiter desapareció. El leñador, loco de alegría, cargó su haz de leña, que de pronto ya no le pareció pesada y, animado por el entusiasmo, regresó a su casa diciéndose:

—Debo pensarlo bien antes de pedir nada. Esto es serio, y quiero consultarlo con mi mujer.

Entró en su cabaña dando saltos y exclamó:

—¡Mujercita mía! Enciende una buena llama y prepara una cena abundante, ¡porque somos ricos, riquísimos! ¡Y tanta es nuestra suerte que todos nuestros deseos se harán realidad!

Al oírlo, la mujer comenzó a soñar despierta, imaginando castillos en el aire; pero luego le dijo a su marido:

—Cuidado con que la impaciencia nos juegue en contra —dijo la mujer—. Procedamos con calma y, antes de decidir nada, consultémoslo con la almohada, que siempre es buena consejera.

—Estoy de acuerdo —respondió el leñador—, pero no dejemos que se enfríe la cena… y tráete un poco de vino.

Cenaron, bebieron, y luego se sentaron junto al fuego. El leñador, recostándose con fuerza en el respaldo de su silla, exclamó:

—¡Ajajá! Con este fuego solo nos falta una buena vara de salchicha. ¡Cómo me gustaría tener una al alcance de la mano!

Apenas terminó de decirlo, su mujer vio, con gran sorpresa, una salchicha larguísima que, saliendo de uno de los rincones de la chimenea, se deslizaba hacia ellos como una serpiente. Soltó un grito de espanto, pero al comprender que aquello era fruto del ridículo deseo de su marido, se enfureció y comenzó a reprenderlo con toda clase de insultos.

—Podríamos haber tenido oro, perlas, diamantes, vestidos lujosos —añadió ella—, y tú, tan necio, has ido a desear semejante cosa.
—Cállate, mujer; reconozco que fue un error y haré lo posible por remediarlo.
—¡Pues vaya remedio! Solo a un imbécil se le ocurre hacer lo que tú has hecho.
La insistencia de la mujer fue tal, que el buen hombre acabó perdiendo la paciencia. Y como, pese a sus ruegos, ella no dejaba de reprenderlo, exclamó furioso:
—¡Maldita salchicha que te ha soltado la lengua… ojalá se te colgara de la nariz para que te callaras!
Dicho y hecho. La salchicha se quedó colgada de la nariz de la esposa del leñador.
El deseo se había cumplido. Ella enmudeció de asombro; él, con la boca abierta, se rascaba la cabeza. Reinó un silencio incómodo, hasta que por fin la mujer, abatida y sin apartar la vista de la salchicha, murmuró:
—¿Y bien? —preguntó él.
»Solo falta formular el tercer deseo. Podría convertirme en rey, pero dime: ¿qué clase de reina serías tú con tres palmos de nariz? Elige, mujer: o reina, con esa nariz más larga que una semana sin pan, o leñadora, pero con el rostro como lo tenías antes.
Reflexionaron largo rato antes de decidirse, pero como no podía apartar la vista de la salchicha, que se agitaba con cada

gesto como una rama azotada por el viento, la leñadora prefirió renunciar al trono y volver a tener su nariz de siempre. Así que, formulado el deseo por el leñador, su mujer recuperó su antiguo aspecto. Aun así, se llevó la mano a la cara para asegurarse de que la salchicha realmente había desaparecido.

El leñador no cambió de posición social, no se convirtió en un gran potentado, ni llenó su bolsa de escudos; y, sin embargo, se creyó muy dichoso por haber empleado el último de sus tres deseos en devolverle a su esposa… la nariz que tenía antes.

Moraleja

¡Cuántos hay que alzan sus voces,
llenando el cielo y la tierra,
y de sus labios no cesan
las quejas ásperas y tensas!
—¡Cuán feliz sería yo
si lograra lo que anhelan
mi ambición o mi deseo!—
La suerte, entonces, contesta:
—¡Pide!, ¡hazlo!, ¡ve y consigue!—
Y en vez de hallar la respuesta,
hallan penas más amargas
que las que antes los aquejan.
Solo es dichoso el que sabe
contentarse con lo que tenga,
el que acepta su fortuna
y no se pierde en quimeras!!

Capítulo 11

Piel de asno

(Peau d'âne)

Había una vez un rey, el más poderoso de la tierra, tan amable en tiempos de paz como temido en tiempos de guerra. Sus vecinos lo respetaban y temían, y reinaba la mayor tranquilidad en sus dominios. Nada faltaba en la prosperidad del reino: gracias a las virtudes de sus ciudadanos, florecían las artes, la industria y el comercio. Su esposa era tan cariñosa y encantadora, y tan agudo su ingenio, que si el rey era dichoso como soberano, aún más lo era como esposo. Tenían una hija única, y como era muy hermosa y virtuosa, se consolaban de no haber tenido más hijos.

El palacio era vasto y magnífico. Por doquier había cortesanos y criados. Las caballerizas estaban llenas de nobles caballos y gráciles jacas, cubiertos con ricas mantas bordadas en oro. Pero lo que más llamaba la atención de quienes visitaban el lugar no eran los caballos, sino un asno real, que ocupaba el sitio más visible y privilegiado del establo, erguido y orgulloso, mostrando sus largas orejas.

Y bien merecida era aquella atención: pues este asno tenía el prodigioso don de que todo lo que comía se transformaba en relucientes escudos de oro[9], que eran recogidos cada

[9] *Moneda de curso legal en varios países europeos entre los siglos XIII y XIX.*

mañana cuando el animal había terminado de hacer sus necesidades.
La felicidad de los reyes fue turbada por una grave enfermedad que afectó a la reina. A pesar de recurrir a todos los recursos de la medicina y de haber convocado a los mejores médicos, la dolencia no cedía y su estado se agravaba día tras día.
La reina comprendió que se acercaba su fin, y dijo al rey:
—Antes de morir, quiero hacerte una súplica. Si después de mi muerte llegas a considerar la idea de volver a casarte...
—¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó el rey, sollozando.
—Sé que ese es tu propósito ahora, y el amor que siempre me has demostrado me lo confirma. Pero para tener mayor seguridad, quiero que me jures que no volverás a casarte, a menos que encuentres una mujer que me supere tanto en belleza como en prudencia. Solo a ella podrás tomar por esposa.
El rey, con los ojos llenos de lágrimas, hizo el juramento.
Poco después, la reina exhaló su último suspiro en brazos del monarca, cuya desesperación fue inmensa. El dolor nubló su juicio, y al cabo de algunos meses comenzó a comportarse de manera extraña. Mandó llamar a todas las jóvenes de la corte, luego a las de la ciudad, y más tarde incluso a las campesinas, anunciando que se casaría con aquella que superara en hermosura a la reina difunta.
Pero ninguna se le comparaba. Todas eran rechazadas.
Poco a poco, el rey empezó a mostrar claros signos de locura. Y un día, sin más, declaró que la princesa, su propia hija, que en verdad era aún más hermosa que su madre, sería su esposa.

Los cortesanos trataron de hacerle ver que tal boda era imposible, pues la infanta era su propia hija. Pero como es difícil razonar con un loco, el rey gritó furioso que lo querían engañar, y que él no tenía hijas.

Al enterarse de lo que ocurría, la pobre princesa, llena de angustia, fue en busca de su madrina, que era la más poderosa de l. Al verla, el espíritu del bosque exclamó:

—Ya sé lo que te trae a mi casa. Como tu padre ha perdido la razón, no conviene oponerse a él de forma directa. Dile que, antes de aceptar casarte, deseas un vestido del color del cielo. Estoy segura de que no podrá conseguirlo.

La princesa siguió el consejo de su madrina. Pero cuando hizo su petición, el rey mandó llamar a todas las modistas y les advirtió que las haría colgar si no lograban confeccionar un vestido del color del cielo. Atemorizadas, se pusieron manos a la obra, y dos días después la princesa tenía el vestido entre sus manos. Al verlo, rompió a llorar: su deseo había sido cumplido.

Su madrina, que estaba presente en palacio, se acercó y le susurró:

—Pide ahora un vestido más brillante que la luna. Esta vez no podrá dártelo.

Apenas la princesa hizo la nueva solicitud, el rey llamó al maestro bordador del palacio y le ordenó:

—Quiero un vestido más brillante que la luna. Tienes cuatro días.

Y cumplido el plazo, la princesa recibió un vestido cuyo resplandor eclipsaba el de la luna.
Entonces la madrina volvió a susurrarle:
—Pide un vestido más brillante que el sol. Ahora sí, no podrá conseguirlo.
El rey mandó llamar a un rico diamantista y le ordenó confeccionar un vestido de brocado cubierto de piedras preciosas, amenazándolo con cortarle la cabeza si no cumplía su encargo. Antes de que terminara la semana, la infanta ya tenía el vestido en sus manos, y al verlo, cayó en la desesperación: el vestido era aún más brillante que el mismo sol.
Entonces su madrina le dijo:
—Mientras posea al asno que llena su tesoro cada día con escudos de oro, podrá cumplir todos tus deseos. Pídele la piel del asno; como en esa extraña bestia se sustentan sus mayores riquezas, no accederá.
La infanta siguió el consejo. Pero el rey, sin vacilar, mandó matar al asno, despellejarlo y entregar la piel a su hija.
La princesa quedó abatida. Ya no sabía qué más pedir.
Su madrina trató de consolarla y le recordó que nada hay que temer cuando se actúa con rectitud. Luego le dijo que debía huir, sola y disfrazada, hacia un reino lejano:
—Aquí tienes una caja donde pondremos todos tus vestidos, tus joyas, tu espejo, los diamantes y los rubíes. Te doy esta varita mágica: mientras la lleves contigo, la caja te seguirá siempre, oculta bajo tierra. Cuando quieras abrirla, basta con tocar el suelo con la varita y aparecerá al instante.

»Y para que nadie te reconozca, cúbrete con la piel del asno. Nadie imaginará que bajo un disfraz tan espantoso se oculta una princesa.

La princesa siguió las instrucciones de su madrina y abandonó los dominios de su padre. Cuando el rey notó su ausencia, envió mensajeros por todas partes para buscarla. Revolvió el reino entero, pero nadie supo darle razón de su paradero.

Mientras tanto, la infanta continuaba su camino. Pedía limosna a quienes encontraba en el camino y se detenía en cada casa preguntando si necesitaban una criada. Pero su aspecto era tan espantoso que nadie quería tomarla a su servicio.

Siguió andando, cada vez más lejos, hasta que llegó a una alquería[10] donde el dueño necesitaba una porcallona[11]: alguien para fregar, barrer y limpiar la gamella[12] de los cerdos. Allí fue acogida, relegada a un rincón de la cocina. Los demás criados se burlaban de ella, la molestaban con groserías y la hacían blanco constante de sus burlas.

Los domingos, sin embargo, tenía un momento de respiro. Cuando terminaba sus tareas más urgentes, entraba al cuartucho que le habían destinado, cerraba la puerta con llave, y entonces se quitaba la piel del asno. Se peinaba, se adornaba con sus joyas, y se ponía, según el día, el vestido de luna, el de sol, o el del cielo. Aunque el espacio era pequeño para la larga cola de tales trajes, su alegría era inmensa al

[10] *Casa de campo con tierras de siembra, habitada por campesinos o agricultores.*

[11] *Mujer que cuida de los cerdos.*

[12] *Recipiente grande, de madera o metal, que se usa para dar de comer a los animales.*

verse de nuevo joven, blanca, sonrosada y más hermosa que cualquier otra mujer.

Aquellos breves instantes de felicidad le daban fuerzas para soportar las humillaciones del resto de la semana… y esperar con ansias el domingo siguiente.

Olvidaba decir que en la alquería donde había encontrado trabajo, tenía su corral un rey muy poderoso. Allí se criaban las aves más raras y los animales más preciosos, repartidos en diez grandes patios. El hijo del rey solía pasar por allí al regresar de la caza, y se detenía con sus acompañantes a tomar algún refresco.

Era un joven arrogante y apuesto. Y al verlo desde lejos, *Piel de Asno* sintió que su corazón latía con fuerza. Sin poder evitarlo, se dijo a sí misma:

—Sus modales son nobles, su rostro hermoso, su presencia encantadora. ¡Dichosa la mujer que merezca su amor! —pensaba ella—. Si él me regalara un vestido, sería para mí más valioso que el de sol y el de luna.

Un día, el príncipe se detuvo en la alquería y, mientras recorría los patios observando las aves y los animales, llegó hasta el mísero cuartucho donde vivía Piel de Asno. Por casualidad, se le ocurrió mirar por el ojo de la cerradura. Era domingo, y vio a la porcallona vestida de oro y diamantes, más radiante que el sol.

El príncipe quedó deslumbrado. No podía contener los latidos de su corazón. Y aunque admiró el brillo del vestido, mucho más le impresionó la belleza de quien lo llevaba. El blanco sonrosado de su piel, los nobles rasgos de su rostro, su espléndida juventud, y cierto aire de grandeza matizado por

una modestia profunda, reflejo de su alma, lo enloquecieron de amor.
Tres veces alzó el brazo para derribar la puerta, pero otras tantas lo contuvo el temor de estar ante una hada.
Finalmente, se retiró a su palacio, ensimismado. Desde aquel día suspiró sin cesar, abandonó toda diversión, incluso la caza, y dejó de comer.
Preguntó entonces quién era aquella mujer admirable que vivía al fondo de un corral, en un rincón tan oscuro que ni siquiera el día lo iluminaba. Le respondieron que se trataba de una muchacha apodada Piel de Asno, por el pellejo que siempre llevaba al cuello. Añadieron que no había quien pudiera mirarla sin horror, pues era más fea que cualquier bestia salvaje.
Pero el príncipe no les creyó. Guardaba en su corazón la imagen imborrable de la joven que había visto por la cerradura.
La reina, que no tenía otro hijo, lloraba al verlo languidecer. Le rogaba que revelara la causa de su tristeza, pero el príncipe permanecía en silencio. Lo único que consiguió fue que le confesara que deseaba comer una empanada hecha por Piel de Asno.
La reina no comprendió de quién hablaba su hijo, así que preguntó. Le respondieron:
—¡Cielo santo! —exclamaron—. Piel de Asno, señora, es más repulsiva que el más sucio pinche de cocina; parece un topo negro cubierto de hollín.
—No importa —respondió la reina—. Si el príncipe desea una empanada hecha por ella, hay que complacerlo.

La reina amaba profundamente a su hijo, y si le hubiera pedido la luna, habría intentado dársela.
Piel de Asno tomó harina bien cernida, sal, manteca y huevos frescos, y se encerró en su habitación. Se lavó el rostro, las manos y los brazos, se puso un delantal de plata, y se dispuso a preparar la empanada.
Se cuenta que, mientras amasaba, se le cayó del dedo, fuese por descuido o a propósito, un anillo de gran valor, lo que algunos interpretan como una señal de que sabía que el príncipe la había visto por la cerradura y estaba enamorado de ella.
Sea como fuere, el príncipe comió la empanada con gran apetito y la encontró deliciosa. Por poco se traga el anillo, pero por fortuna lo notó a tiempo. Le llamó la atención la esmeralda, de gran belleza y, sobre todo, el fino aro de oro que mostraba la forma exacta del dedo que lo había llevado. Lleno de emoción, guardó el anillo y no volvió a separarse de él.
Pero su estado empeoró. Los médicos fueron consultados y diagnosticaron que estaba enfermo de amor. Ante esto, sus padres decidieron que lo mejor sería casarlo cuanto antes.
—Solo me casaré —respondió el príncipe— con la joven a cuyo dedo le ajuste este anillo.
Grande fue la sorpresa del rey y de la reina al oír una exigencia tan insólita, pero como el estado del príncipe era grave, no se atrevieron a contradecirlo. De inmediato se anunció públicamente que el príncipe se casaría con la joven, aunque no fuera de sangre real, cuyo dedo se ajustara perfectamente al anillo.
Entonces todas las jóvenes se prepararon para la prueba. No faltaron charlatanes que prometían adelgazar dedos a

cambio de unas monedas, buscando lucrarse como esos que, sin oficio ni medio honesto para ganarse la vida, se hacen pasar por curanderos para convertir en pan la lana que le esquilan al prójimo.

Hubo quien se raspó el dedo con un cuchillo. Otra permitió que le cortaran carne para afinarlo. Algunas lo comprimieron durante horas; otras lo remojaron en líquidos que se lo dejaron despellejado.

Comenzó la prueba: primero las princesas, luego las duquesas, marquesas, condesas y baronesas. A ninguna le ajustaba el anillo: era demasiado estrecho.

Se convocó entonces a las demás jóvenes del reino, pero todos los intentos fueron en vano.

Por último, hicieron comparecer a las criadas y a las fregonas. Pero el anillo seguía sin encontrar dedo. Se temió lo peor: que el príncipe muriera de tristeza.

Solo quedaba Piel de Asno. Y a nadie en su sano juicio se le pasaba por la cabeza que la porcallona pudiese ser la prometida del príncipe.

—¿Y por qué no? —exclamó el príncipe.

Algunos sonrieron con ironía, pero el príncipe insistió:

—Que entre Piel de Asno. Háganle la prueba.

Trajeron entonces a la porcallona ante toda la corte. Con gesto tranquilo, sacó de debajo de la sucia piel una mano pequeña, blanca como el marfil y ligeramente sonrosada. Se hizo la prueba, y el anillo se ajustó a su dedo a la perfección. Los cortesanos quedaron mudos de asombro.

Le dijeron que debía presentarse ante el rey, y entre risas burlonas le aconsejaron que se cambiara de vestido por uno menos andrajoso.
Piel de Asno se retiró. Poco después regresó… y las risas se apagaron al instante, reemplazadas por exclamaciones de asombro y admiración.
Nadie recordaba haber visto una belleza semejante: sus ojos, de un azul rasgado y dulce, irradiaban majestad; sus cabellos dorados brillaban como los rayos del sol; su figura era tan esbelta como la palma más alta; sus joyas deslumbraban, y su vestido era tan rico que no admitía comparación.
Todos aplaudieron, especialmente las damas. El rey estaba fuera de sí de felicidad al ver a la prometida de su hijo. Y si él estaba loco de contento, no hay palabras para describir la dicha de la reina… y, sobre todo, del príncipe enamorado.
Inmediatamente se dieron las órdenes para celebrar la boda, y el rey invitó a todos los monarcas vecinos. Unos abandonaron sus reinos montados en majestuosos elefantes; otros llegaron a caballo, sobre corceles cubiertos con arneses de oro y plata; y algunos se embarcaron en naves de velas púrpura.
Aunque todos los príncipes rivalizaron en esplendor para demostrar su poder, ninguno igualó al padre de la novia, que para entonces ya había recobrado la razón.
Grande fue su sorpresa, y aún mayor su alegría, al reencontrarse con su hija. La abrazó entre lágrimas, temblando de emoción. Y tanto como él se asombró, fue la dicha del príncipe al descubrir quién era en realidad su prometida.
En ese momento apareció la madrina, quien relató todo lo sucedido con detalle.

Entonces se celebraron las bodas con gran regocijo…
y todos fueron dichosos.

Moraleja

A veces, a rudas penas
el hombre se ve sujeto;
mas puede vencerlas todas
si firme es su pensamiento.
Los dolores nos derriban,
pero, con valor sincero,
pueden domarse incluso
los más crueles sufrimientos.
Y si acaso en esta vida
no hallamos ningún consuelo,
seamos firmes en la lucha,
no perdamos el aliento;
pues lo que niegue la tierra,
lo hallaremos en el cielo!!

Palabras finales

Mamá Ganso es una figura simbólica, una especie de narradora arquetípica, que representaba a la mujer campesina o abuela que contaba cuentos tradicionales a los niños. La obra de Perrault, más allá de su antigüedad, reúne muchos de los cuentos clásicos que siguen contándose hasta hoy, aunque rara vez en su forma original, un espejo de la sociedad, con sus sombras, sus mandatos y sus símbolos. Siglos después, muchos de estos relatos, y de otros autores también, han sido suavizados, recortados o transformados en relatos moralizantes y edulcorados, pasando de ser reflejos culturales a simples historias para dormir. Esta edición es una manera de recuperar ese origen y también una excusa para acercarse a la lectura desde la curiosidad, desde el deseo genuino de conocer lo que había detrás de esos cuentos que todos creemos conocer.

Espero que este libro te invite a reconciliarte con la lectura, a dejar de verla como una obligación escolar, y a disfrutarla por lo que es: un placer personal, íntimo, irrepetible. Lee lo que te haga feliz, cuando quieras hacerlo y sin presiones de nadie ni nada… porque la lectura es un acto de libertad. Gracias por leer y nos vemos en los libros.

Juan Zyrkero!!

Acerca del autor

Juan Zyrkero
Loja, 1982.
Soy artista y caricaturista. Creo firmemente que el conocimiento no es un privilegio sino parte esencial del ser humano, a la que todos tenemos derecho. Leo, observo, escribo, dibujo, creo y exploro cualquier medio que me permita comunicar ideas y motivo a los demás a hacerlo!!
@zyrkero
www.zyrkero.com

113